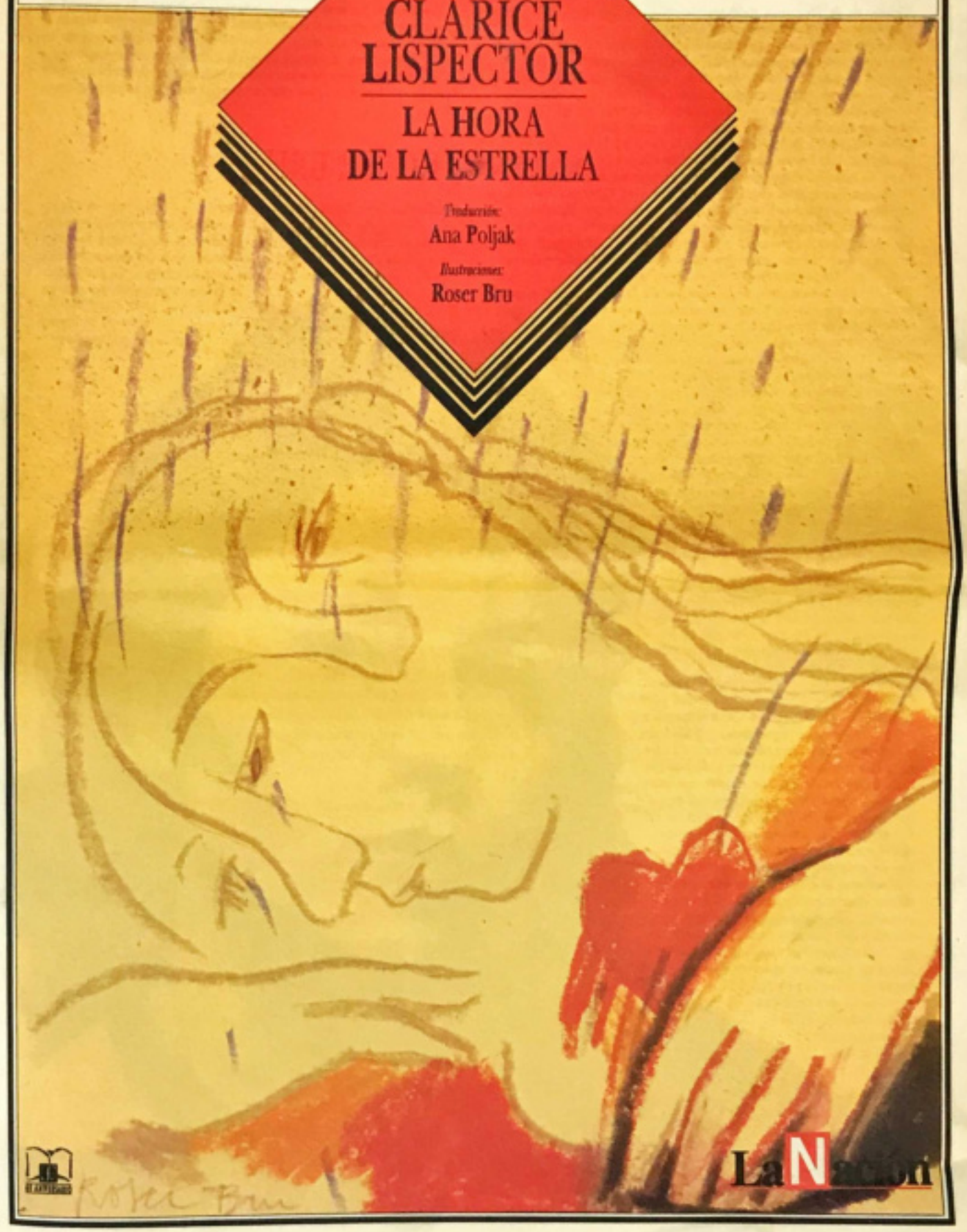
PERIOLIBROS

CLARICE LISPECTOR

LA HORA DE LA ESTRELLA

Traducción:
Ana Poljak

Ilustraciones:
Roser Bru



La Nación

CLARICE LISPECTOR

Dentro de la literatura iberoamericana contemporánea, Clarice Lispector es sin duda uno de los casos más singulares. No sólo por su formación y por las distintas influencias culturales que en ella se reúnen, sino porque su escritura rompe con muchos de los esquemas no sólo de la tradición literaria brasileña, sino de los grandes escritores modernos en lengua castellana y portuguesa. Clarice Lispector nace en Tchetchelnick, Ucrania, en 1920; pero pasa sus años de infancia y adolescencia entre Recife y Río de Janeiro. Alrededor de 1944, ingresa en la Facultad de Derecho de la Universidad de Río de Janeiro, donde concluye su primera novela, *Cerca del corazón salvaje* (*Perto do coração selvagem*), inicio de una extensa trayectoria. Aun cuando la editorial José Olympio incluirá publicar esta peculiar historia, la novela recibe el año siguiente el Premio Graça Aranha, lo que convierte a su autora en un fenómeno literario por su juventud, y por la calidad de la obra en la que se mina a un talento narrativo natural la huella de narradores como Graciliano Ramos, Herman Hesse y Julien Green. Es en 1961, con la publicación de *La manzana en la oscuridad* (*A Maçã no Escuro*), que Clarice Lispector realmente atrae la atención de la crítica literaria brasileña e internacional. De esta época, marcan el curso de su evolución creadora, *La ciudad sitiada* (*A Cidade Sitiada*) (1949), *Entre de familia* (*Laços de Família*) (1960) y *La legión extranjera* (*A Legião Estrangeira*) (1964). La narrativa de Lispector sobresale por crear estructuras narrativas muy complejas a partir de anécdotas muy simples. En sus novelas y cuentos los personajes hablan consigo mismos, y analizan el mundo que los rodea. Más que las historias personales de sus personajes, lo que Clarice Lispector nos cuenta es la historia de las almas, el descubrimiento de su propia dimensión espiritual. En las novelas como *La pasión según G. H.* (*A Paixão Segundo G. H.*) (1964), o *Aprendizaje o el libro de los placeres* (*Uma aprendizagem ou o livro dos prazeres*) (1969), el lector siempre encontrará a una escritora preocupada por reflexionar con profundidad sobre la condición humana, y sobre las grandes preguntas en torno a Dios, el mundo, el individuo, la libertad, el amor, la sanidad, el espíritu, reflexiones que, sin dejar de ser profundas, son claras, accesibles, de una belleza e intensidad poco comunes. A partir de 1971, con la publicación de *Agua viva* (*Água viva*) y *Felicidad clandestina* (*Felicidade Clandestina*), Clarice Lispector continúa presente en el mismo lenguaje latinoamericano, aun cuando sus estudios en Europa se hicieron cada vez más largos y frecuentes. En 1977, año de su muerte en Río de Janeiro, había publicado 10 novelas, dos libros de cuentos, y numerosos volúmenes de crónicas y artículos periodísticos.

La hora de la estrella (*A hora da estrela*), su última novela, publicada en 1977, es una pequeña obra maestra donde están presentes todos los elementos de la obra completa de Clarice Lispector: en medio de una aparente simple en apariencia, a través de la mirada conquistadora pero implacable de un narrador imaginario. Clarice nos presenta a Macabea, una joven gris,

vacía de afectos y pensamientos, un ser anónimo que se transformará en inocencia en el reconocimiento de su propio destino, de la razón de ser de su propia vida. El lector descubrirá cómo, aún en medio del temor o de la duda, los personajes de *La hora de la estrella* siempre conservan la voluntad de buscar, la necesidad de conocer: búsqueda y conocimiento que para Lispector fueron el motor y la esencia del mensaje que siempre está presente en su obra. Pensábamos presentar *La hora de la estrella* como un homenaje a la fuerza expresiva de una escritora que trascienda las barreras de su propia lengua y se inscribe en la mejor tradición latinoamericana.

ROSER BRU

Nace en la ciudad de Barcelona, España, en 1923 e ingresa a la Escuela de Artes de Santiago de Chile, donde se especializa en escultura, dibujo y pintura. Ha participado en importantes bienales como las de São Paulo, Tokio, San Juan y Cali. Su obra se expone en reconocidos museos y galerías de Iberoamérica. En 1965 obtuvo el 1er. Premio de Pintura en Chile, y en 1982 el primero Octavio Grottiß en la II Bienal Americana de Grabado.

Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periodero"), en manos de sus lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Cisneros Roqué, Representante de UNESCO en México / **Adolfo Castañón**, Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

Coordinador General **Manuel Scorza Eloyle** / Coordinadora Editorial **Gabriela Vallejo**

Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro** / Promoción **Héctor Murillo Cruz**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / Formación **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Angela González, Manuel Nava Labastida**
Preproducción **Carlos Castañeda Vita** / Reproducción portada **Iris Blanc Mussier**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Prensa/14**, Bolivia; **O Globo**, Brasil; **Sport & Hora**, Coronel; **La Nación**, Chile; **El Espectador**, Colombia; **La Nación**, Costa Rica; **Juventud Rebelde**, Cuba; **Hoy**, Ecuador; **La Prensa Gráfica**, El Salvador; **ABC**, España; **El Periódico/USA**, Estados Unidos; **Siglo Veintiuno**, Guatemala; **La Prensa**, Honduras; **Excelsior**, México; **Organización Editorial Mexicana**, México; **La Prensa**, Nicaragua; **La Estrella de Panamá**, Panamá; **Hoy**, Paraguay; **La República**, Perú; **Diario de Notícias**, Portugal; **Diálogo**, Puerto Rico; **Listín Diario**, República Dominicana; **La República**, Uruguay; **El Nacional**, Venezuela.

© CLARICE LISPECTOR, 1977 Y HEREDEROS. TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL DE ANA ROSAS.
© ROSER BRU, 1995
Publicación Acuerdo con Poetics 20-01E, Esq. San Ángel, C.P. 10302, México D.F.

Se terminó de producir y está impresa en la ciudad de México / Impreso en Chile / diciembre de 1996

LA HORA DE LA ESTRELLA

DEDICATORIA DEL AUTOR

(En sordina) (Versos [ajenos])

Yo sigo que dentro mío el viejo
Schumann y el otro Robert, Clara, que Dios se
mire benigna, se ríe mientras. Me olvido y me entro
hermano, una sinfonía, como mi imagen de hombre en
pantalón y, por lo tanto, me olvido y el tango. Me olvido
sobre todo en los grandes, mayores, difíciles y escribo que hablaban mi
vida. Me olvido y a la alcantarilla de mi antigua pobreza, cuando todos mis
parientes eran pobres y no me podía comprar bragas. Me olvido y en la pobreza
de Maceió. A la ofuscación de un colorín inferior de Bach. A Chopin que me
embarcaba con hastío. A Scarlatti que me llenó de orgasmo —con quien subí en Tango
(A Mario) conmigo mismo desde Richard Strauss con cerda, con dentista— hasta este cine aéreo
en y los vapores de Gris o y hoy, el solo acompañamiento de Debussy, a Rhodes Nicholas, a Prokofiev, a Cesar
Franck, a Schönberg, a Luis Bandeirabrasa, a los grandes dagueros de los clavicémbalos, a cuatro cosas que me mi
interesan, orgánicos sinfónicamente hablando, y, a todos estos, profetas del gregoriano —que casi conviviendo en mi
mismo hasta el punto de que no sé cuál tocaron cuando con un. Así yo que soy también porque no aguanto y no
nada más que yo, necesito de los otros para mantenerme en pie, hasta que una, al cansado, no lo, qué
hacer otro cerebral para mí en mi hasta cuando bragas. Me olvido y la cerebración. Perdón
no tener que dar simplemente la explicación puede tener cierto No de al mismo. Medios sin
prejuicios y sobre la nada. Lo que con cerebralidad la vida de mi libre.
Y... y no olvidar que la supervivencia del discurso no se ve en peligro al cansar. Si muchas
cosas que no fui cierto. Y entonces cambiado. Voy de puerta presentar una prueba
de la inmensa de lo que la nada verdadera, la frustra de cristo. Existir
humano.

Esta historia ocurre en un mundo de emergencia y de cola
mundial política. Se cree de un libro mecánico porque
se falta la respuesta. Recuerdo que, cuando, algunos en el mundo más duro. Entonces
Si una historia no necesitaba, para
tanga algún género, por
ello, que se sustiere la
narración. Aquí
pretendo lo
mismo.

quiere no es pobre de dinero: es pobre de espíritu o de adornitos, porque le falta una cosa más preciada que el oro: hay quien carece de eso tan delicado que es lo esencial.

(Cómo sé todo lo que seguirá y que todavía desconozco, ya que nunca lo he visto? Porque en una calle de Río de Janeiro surgiendo en el aire, de pronto, el sentimiento de petición en la cara de una muchacha negra. Sin decir que de nada me oía en el Nordeste. Lambidos sí cosas por matar sitio. Quiere vivir, sabe, pero sin saber que sabe. Así es que los ardores saben más de lo que imaginan y se fingen tontos. Me propongo escribir algo que no sea complejo, aunque esté obligado a usar palabras que ustedes rechazan. El relato —decidido con falso libre arbitrio— va a tener unos pocos personajes y no sus usos de los más importantes, está claro. Sí, Rodrigo S. M. Cuentos antiguos existe, porque no quiero ser modernista e inventar modernismos por pura originalidad. Así que experimentaré, contra mis costumbres, una narración con principio, medio y «gran final» seguido de silencio y de flecha que cae.

Historia exterior y explícita, sí, pero línea de sección, empezando por uno de los títulos. «En cuanto al futuro», que está precedido y seguido por un punto y aparte. No se trata de un capricho mío, sí lo sé: ya se entiende la necesidad de lo delimitado. (Mas qué ves ese fin que, si mi pobreza lo permite, quiero que sea grandioso.) Si en lugar de punto escribiese seguido de puntos suspensivos, el título quedaría abierto a posibles ejercicios de imaginación de ustedes, quizá hasta molestos y desgastados. Bien, es verdad que tampoco yo tengo piedad de mi personaje principal, la nordestina: es un relato que quiero feo. Pero tengo el derecho de ser dolorosamente feo, y ustedes no. Por todo esto no les doy alternativa. No se trata de un relato, sino todo es vida primaria que respira, respira, respira. Material podrecido, un día vivió aquí la vida de una mordcida con su estruendo posible de ilusiones. Lo que escribo es más que una intención, es obligación más allá de esa muchacha, de entre millares de ellas. Es mi deber, aunque sea de acto menos, revelar su vida.

Porque tengo derecho al grito.

Estornos ya gritos.

Grito para que no pida limosna. Sé que hay chicas que venden el cuerpo, única posesión real, a cambio de una buena comida, en lugar de un bocadillo de mortadela. Pero la persona de quien hablaré no aun tiene cuerpo que vender, nadie la quiere, es virgen e inocente, no le hace falta a nadie. Adelanto —y lo descubro ahora— tampoco va luego la mayor falta: hasta lo que escribo lo podría escribir otro. Otro escritor, sí, pero tendría que ser hombre, porque una mujer escritora puede lagrimear tonterías.

Como la nordestina, hay millares de muchachas diseminadas por ciudades, sin cama ni cuarto, trabajando desde de mostradores hasta la estafa. Sí sé que no son fácilmente sustituibles y que todo podrían existir como no. Pero se quejan: sí, que yo sepa, ninguna reclama porque no sabe o quiere. (Ese quién existe?

Estoy calentando el cuerpo para empezar, restregándome las manos una con otra para tener ánimo. Ahora he recordado que hubo un tiempo en que para calentarme el espíritu, sentía: el movimiento es espíritu. Lo de tener era un medio de llegar hasta mí mismo en silencio y oculto de todos. Cuando creaba obtenía un tema de ritmo; y este tema es todo lo que yo jamás podría tener. Más de eso, nada. Pero el vacío tiene el valor de lo pleno y se asemeja a ello. Un medio de alcanzar es no buscar, un medio de tener es no pedir y sólo creer que el silencio que flota en mí es respuesta a mí..., a mi misterio.

Pensando, pues, en la nordestina, escribir de un modo cada vez más simple. Aparte de que el material del que dispongo es parco y sencillo por demás, las informaciones sobre los personajes son pocas y no mas aclaratorias; informaciones, todas, que con esfuerzo me llegan de mí para mí mismo: es un trabajo de carpintería.

Sí, pero no hay que olvidar que para escribir necesita aquel mi material básico es la palabra. Así es que esta historia estará hecha, me parece, de palabras, y de ellas el mismo un servidor secreto que va más allá de las palabras y las frases. Está claro que como todo escritor tengo la tentación de usar términos sucesivos: cascos adjetivos explosivos, cañones sustantivos y verbos tan enfaltes que atraviesan aguados el aire en vías de acción, tu que la palabra es acción, reacción de acción? Pero no voy a adornar la palabra porque si yo toco el pan de la muchacha, ese pan se convertirá en oro, y la joven (tiene diecinueve años), y la joven podría morir asfixiada y me moriría de hambre. Así, pues, tengo que hablar con simplicidad para captar su delicada y vaga existencia. Me limito honradamente —pero sin hacer ostentación de mi humildad, que ya no sería humildad—, me limito a contar las pobres aventuras de una chica en una ciudad hecha toda contra ella. Ella, que debería haberse quedado en el sertão de Alagoas con su vestido de algodón y sin nada de mecanografía, porque escribir bien mal, que sólo habría hecho el tercero de básica. Por no apreciación, cuando estudió mecanografía venía que copiar, letra, letra por letra; tu tía era quien le había dado un curso exacto de máquina. Y la muchacha adquirió un título por fin era mecanografía. Aun cuando, a lo que parece, no aprobada que hubiera dos consonantes juntas en el lenguaje y copiaba la letra bonita y redonda de su querido jefe en la palabra «designar» (si como en la lengua hablada hubiese dicho «designarse»).

Desdeparate, pero voy a seguir hablando de mí, que soy mi deber conocido, y al escribir me sorprendo un poco porque he descubierto que tengo un destino. Quién no se ha preguntado: tiene un monstruo o esto es ser una persona?

Antes quiero afirmar que esa chica no se conoce sino a través de vivir a la deriva. Si fuese tan tonta como para preguntarse «¿Quién soy yo?», se repantigaría y se cierra al momento. Es que el «¿quién soy yo?» provoca necesidad. ¿Y cómo satisfacer la necesidad? Quien se analiza está incompleto.

La persona de la que voy a hablar es tan tonta que a veces sonríe a los demás en la calle. Nadie responde a su sonrisa porque ni la miran.

Vuelvo a mí: lo que escribiré no puede ser absorbido por nervios de mucha exigencia y ávidas de cosas sublimes. Porque lo que diré será apenas algo desnudo. Aunque tenga como telón de fondo —y ahora mismo— la penumbra atormentada que siempre hay en mis sueños cuando de noche, atormentado, duermo. Que no esperen, pues, escarolas en lo que sigue: nada brillará, se trata de un material opaco y por mi propia naturaleza despreciable para todos. Es que a este relato le falta la melodía cantable. Su ritmo a veces resulta desacompasado. Y tiene hechos. De pronto me apasiono por los hechos sin literatura, los hechos son puedras duras y ahora me está interesando más que pensar, de los hechos no han cómo huir.

Me pregunto si debería avanzar por delante del tiempo y esbozar en seguida su final. Pero ocurre que yo mismo todavía no sé bien cómo terminará esto. Y además entiendo que he de avanzar paso a paso, de acuerdo con el plano determinado por las horas: hasta un animal lucha con el tiempo. Y ésta es también mi condición más primaria: la de avanzar pudiendo avanzar a pesar de la impaciencia que tengo con tanto a esa muchacha.

Con esta historia creo voy a sensibilizar, y bien sé que cada día en un día robado a la muerte. Sin ver un rinoceronte, escribo con el cuerpo. Y lo que escribo es como una cuchilla bisturada. Las palabras son sonidos trapasados de sombras que se entrecruzan desiguales, esta lucinas, encaje, música de órgano transfigurado. Mal puedo pedir paldones a esa piel sobrepuesta a tela, cinchetada y oscura, con el constante ruido del bajo continuo del dolor. Allegro con brio. Trataré de sacar oro del carbón. Sé que estoy intrigando la historia y que juego a la pelota sin pelota. (El hecho es un acto? Juro que este libro está construido sin palabras. Es una fotografía muda. Este libro es en silencio. Este libro es una pregunta.

Pero sospecho que toda esta charla sólo sirva para cercenar la urgencia del relato, porque tengo miedo. Antes de surgir en mi vida esa mecanógrafa, yo no era un hombre que incluso estaba un poco contento, a pesar de la falta de éxito de mi literatura. Las cosas, de alguna manera, iban tan bien que podían ponerse muy bien, porque lo que mañana por completo puede podrirse.

Sin embargo, de pronto me fascinó transgredir mis propios límites. Y fue cuando pensé en escribir sobre la realidad, ya que me supera. Sea lo que sea lo que quiera decir «realidad». (Lo que he de contar será enigmático? Tengo esa tendencia, pero ahora mismo seco y endurezco todo. Y por lo menos lo que escribo no pide favores a nadie y no implora socorro: se sostiene su presunto dolor con esa dignidad de vaina.

Sí. Parece que estoy cambiando mi modo de escribir. Pero para que sólo escribir lo que quiero, no soy un profesional; tengo que hablar de la nordestina, porque si no, me

ahogo. Ella me acusa y la forma de defenderme es escribir sobre ella. Escribo con los trapos rotos y jirones de la prensa. Estoy luchando con hechos como si fueran las piedras irremediables de que habla. Quizá que para sentenciar echen al viento las campanas mientras asfixian la realidad. Y que los jugetes revolvieran como aunque transformados alrededor de mi cabeza ardiente, porque ella se quiere transformar en objetos cosa, en mas fácil.

¿Será verdad que la acción supera a la palabra?

Pero, al escribir, que se dé a las cosas su verdadero nombre. Cada cosa es una palabra. Y cuando no se la tiene, se la inventa. Ese Dios de sandeces que nos ha enfermado inventan.

¿Por qué escribo? Ante todo porque capté el espíritu de la lengua; o sea, a veces, la forma hueca un contenido. Por tanto, escribo no a causa de la necesidad sino por un grave motivo de «fuerza mayor», como se dice en los aprovisionamientos oficiales, por «fuerza de ley».

Sí, mi fuerza está en la soledad. No tengo ni a las flores ni temperaturas ni a los grandes vientos desatados, porque yo también soy la oscuridad de la noche. Aunque no soporte bien oir un silbido en la oscuridad, y pasos. (Oscuridad! Me acuerdo de una amante: era una mujer joven y qué oscuridad dentro de su cuerpo. Nunca la olvidé: jamás se olvida a una persona con la que se ha dormido. El acontecimiento permanece grabado a fuego en la carne viva y todas las que perdí late el antiguos lazos con hierro.

En este momento quiero hablar de la sonrisita. En esta ella como una arena vagabunda, era telegrafiada sólo por sí misma. Porque se había refugiado en sí misma. También yo, de fracaso en fracaso, me refugio en mí mismo, pero por lo menos quiero encontrar el mundo y no Dios.

Quiero agregar, a modo de información sobre la joven y sobre mí, que vivamos exclusivamente en el presente porque sangra y por la eternidad retenida en el día de hoy, y el día de mañana será un hoy, la eternidad es el estado de las cosas en este momento.

Me aquí que ahora, al poner estas palabras sobre la sonrisita, me siento inválida. La pregunta es: ¿vivimos escribo? Advierto que escribo de odio, así como aprendí inglés y francés de odio. Mis antecedentes de escritor? Soy un hombre con más dinero que quieren pasar hambre, cosa que de alguna manera hace de mí una persona desheredada. Y sólo mientras a la hora exacta de la merienda. Pero cuando escribo no mienta. (Qué más? Sí, no tengo clase social, marginal como soy. La clase alta me tiene por un monstruo extravagante, la media me ve con la desconfianza de que puesta desequilibrada, la clase baja nunca se me acerca.

No, no es fácil escribir. En diario como partir rocas. Pero salían chispas y astillas como acervos pulidos.

Ah, el miedo de empezar sin saber siquiera el nombre de la chica. Sin mencionar que la historia me desespera por su escasa simplicia. Lo que me propongo contar parece fácil, a la mano de todos. Pero su elaboración es muy difícil. Porque tengo que dar sentido a lo que está casi apagado, a lo que apenas veo. Con unas manos de dedos duros, embolados, palpar lo invisible en el mismo bulto.

De una cosa estoy seguro: este relato trazará de algo del cuello: la creación de una persona íntegra, que sin duda está tan viva como yo. Me he ocupado de ella pues sólo puedo mostrarla para que usteden la reconozcan en la calle, al verla caminar con levedad por su fluctua flotante. (Y si mi relato fuese triste? Claro que después escribiría algo alegre, aunque, ¿por qué alegre? Porque también sus hombre de bostanzas y un día, quién sabe, cantaré bienaventuranzas, y no las dificultades de la sonrisita.

Por ahora quiero ir desnudo a barquinto, quiero experimentar al menos una vez esa falta de saber que dicen que tiene la bestia. Comer la bestia será sentir la insulsez del mundo y bañarse en el no. Ese será mi valor, abandonar los sentimientos antiguos que ya resultaban cómodos.

Ahora no hay comodidad para hablar de la muchacha tengo que dejar de alimentar varios días y adquirir ojeras ocasionalmente poco, sólo dormitar de poco agotamiento, soy un obrero. Además, he de vestirme con ropa vieja y rota. Todo eso para estar en el mismo plano que la sonrisita. Aunque entre tanto sepa que tal vez tenga que presentarme de un modo más convincente ante sociedades de tanta exigencia con quien ahora mismo está escribiendo a máquina.

Todo eso, sí, el relato es relato. Pero sabiendo antes, para no olvidarlo jamás, que la palabra es fruto de la palabra. La palabra tiene que parecerse a la palabra. Alcanzarla en el pecho: doler para contagio. Y la palabra no puede ser adornada y artificiosamente rara, tiene que ser sólo ella. Bien, en verdad que también querría lograr una sensación fina y que esa finura no se quebrantará en una línea perpetua. Al mismo tiempo también busco llegar hasta el tremendo más grave y profundo, hondo y universal, tan a cambio de nada que por el nerviosismo de escribir yo tuviera un acceso incontenible de risa de pecho. Quiero acepar mi libertad sin pensar en lo que muchos creen que existir: en cosa de horor, un cáncer de demencia. Porque lo parece. Existir no es lógico.

La acción de esta historia sentí como resultado mi cuasi figuración en otro y mi materialización final en objeto. Sí, tal vez alcance la finura dulce por la que me arrojaré en suave enredadera.

Pero volvamos a hoy. Porque, como se sabe, hoy es hoy. No me estoy extendiendo y sigo, no muy claro, que se ríen de mí con risas entrecortadas e jóvenes de viejos. También oigo pasos rítmicos en la calle. Tengo un extraño interino de miedo. Por fortuna, lo que voy a escribir ya debe estar, sin duda y de alguna modo, escrito en mí. Tengo que copiarme con una delicadeza de mariposa blanca. Esa idea de mariposa blanca viene de que, si la muchacha se casara, lo haría delgada y sutil y, como virgen, de blanco. (O no se casará? El hecho es que tengo en mis manos un destino y sin embargo no me siento con el poder de inventar libremente; sigo una oculta línea fatal. Estoy obligado a buscar una verdad que me supera. ¿Por qué escribo no hay una joven que ni sabe tiene esta gobernar con seducirme? Tal vez porque en ella haya cierto revolgamiento y también porque en la pobreza de cuerpo y de espíritu toco la sustancial, es, que quiero asistir el sujeto de mi más allá. Para ser más que yo, pues soy tan poco.

En cibo porque no tengo nada que hacer en el mundo entre de sobra y no hay lugar para mí en la tierra de los hombres. Escribo por mi desesperación y mi cansancio, ya no soporto la rutina de ser yo, y si no existiese la novedad continua que es escribir, me moriría simbólicamente todos los días. Pero estoy preparado para salir con discreción por la puerta trasera. He experimentado casi todo, sun la pasión y no desesperanza. Ahora sólo quereta tener lo que hubiera sido y no fui.

Parece que conozco los menores detalles de esa sonrisita, como si viviera con ella. Bien la advierto de ella se me pegó a la piel como un dulce pegajoso o como todo negro. Cuando era niño leí el cuento de un viejo que tenía miedo de cruzar un río. Entonces llegó un hombre joven; también quería pasar a la otra margen. El viejo aprovechó para decirle:

—¿Me puedes llevar? ¿Puedo ir montado en tus hombros?

El joven dijo que sí y ya hecha la travesía le avisó:

—Ya hemos llegado, ahora puede bajar.

Pero el viejo respondió muy astuto y artiudo:

—¡Ah, eso no! En tan bueno ir montado aquí como voy, que nunca más te dejaré!

Para la mecanografía no se quiere bajar de mis hombros. Ahora mismo comprendo que la pobreza es fea y pronunciada. Por eso no sé si mi relato va a ser... (a ver qué? No sé nada, todavía no me he animado a escribirlo. (Tendrá acentos amorosos? Los tendrá. (Pero cuáles? Tampoco lo sé. No estoy tratando de crear en ustedes una experiencia amorosa y ecroz: en ebullición entre los muros, y se me escapa a cada instante, con la persuasión de que no lo escapare.

He olvidado decir que todo lo que ahora estoy escribiendo está acompañado por el estruendo rutilante de un tambor batido por un soldado. En el momento mismo en que empiece el relato, el punto callará el tambor.

Veo a la sonrisita mirándome en el espejo y —un toque de tambor— en el espejo aparece mi cara cansada y barbuda. Hasta ese extremo nos intercambiamos. No hay duda de que ella es una persona física. Y además un hecho: se trata de una chica que nunca se miró demasiado porque tenía vergüenza. (Vergüenza por poder o por ser fea? También me pregunto cómo es que ven a diar en cuatro patas en el hecho y en los hechos. Lo que ocurre es que de repente me lanzaré lo figurativo —con la acción humana y me extremezco. También quiero lo figurativo tal como un pintor que sólo pintase colores abstractos querría demostrar que lo hacía por su gusto, y no por no saber dibujar. Para dibujar a la chica tengo que dominarme, y para poder copiar su alma tengo que alimentarme con frugalidad de frutas y beber vino blanco helado, porque hace calor en este cobertizo en que me he recogido y desde el que tengo la soledad de quien ve el mundo. También he tenido que alimentarme de sexo y de fútbol. Sin bebidas de que no me conozco con nadie. (Volveré algún día a mi vida anterior? Lo dudo mucho. Ahora advierto que olvidé decir que entre tanto no leo nada para no contaminar con sustancialidades la simplicidad de mi lenguaje. Porque, como he dicho, la palabra se tiene que parecer a la palabra, instrumento mío. (O no soy un escritor? En verdad, más bien soy un actor, porque con sobrentonación fortuna de pasmosa logro modulaciones de entonación, hago que la respiración ajena me acompañe en el relato.

También olvidé decir que la relación que en breve sendré que comenzar —pues ya no soporto la presión de los hechos—, la relación que en breve tendré que comenzar está escrita bajo el patrocinio del reflexo más popular del mundo y que ni por ésta me paga nada, el reflexo che difundido en todos los países. Sin embargo, fue el que patrocinó el último terremoto de Guatemala. A pesar de tener el gusto del olor de la lucha de niños, del jabón Arrancabos y de polvorón manzacahuite. Nada de eso impide que «todos lo amen con servilismo y sumisión. También porque —y soy a decir ahora una cosa difícil que sólo yo entiendo—, porque esa bebida que tiene cosa es hoy. Es el medio del que dispone una persona para actualizarse y pisar en la hora presente.

En cuanto a la muchacha, ella vive en un limbo impersonal, sin alcanzar lo peor ni lo mejor. Ella vive, sin sólo, sufriendo y esperando, sufriendo y esperando. A decir verdad, ¿para qué más? Su vivir es ruin. Sí. (Pero por qué me siento culpable? Y procuro aliviarme del peso de no haber hecho nada concreto en beneficio de la muchacha. Muchacha ésta. —y ves que ya con esta en el relato—, muchacha ésta que dormía con una cruzgua de bein en la que había manchas bastante sospechosas de sangre pálida. Para dormir en las frías noches de invierno, se envuelve sobre sí misma, recibiendo y dándose su poco calor. Duerme con la boca abierta porque tenía la nariz tapada, duerme ruidosa, duerme hasta el ruido.

Debo agregar algo que importa mucho para la comprensión del relato: es que está acompañado desde el principio hasta el fin por un lentísimo y constante chiste de muchas, cosa de destina expuesta. Además también que la narración será acompañada igualmente por el violín plañidero que, junto en una esquina, toca un hombre delgado. Su cara es marcha, y amarilla, como si él ya estuviese muerto. Y tal vez lo esté.

Todo esto lo he dicho con tantas dilaciones por temor de haber prometido demasiado y dar tan sólo lo simple y lo poco. Porque esta historia es casi nada. La cuestión es empezar de golpe, así como yo me eché de golpe al agua gélida del mar, para enfrentar con una valentía suicida el frío intenso. Ahora sólo a empezar por lo mínimo diciendo que...

...que ella era incomprensible. Incomprensible para la vida. Le faltaba la habilidad de ser hábil. Sólo de una manera vaga se debe tener de una especie de ausencia que tenía de sí en sí misma. Si hubiese sido una criatura capaz de expresarse, habría dicho: «Yo mundo está fuera de mí, no entro hacia dentro de mí. (Ya a ver dijo il escribir este relato. A pesar de no tener nada que ver con la muchacha, me tendré que escribir todo a través de ella, entre mis esquemas. Los hechos son sonoros, pero entre los hechos hay un silencio. Y ese silencio es lo que me importa.)

Le faltaba la habilidad de ser hábil. Tanto que (explosión) no seguramente nada en su propio favor cuando el jefe de la ficha de representación de polenas le avisó con brutalidad (brutalidad que ella parecía provocar con su cara de tonta, un rostro que pedía una bofetada), con brutalidad, que sólo iba a mantener en su puesto a Gloria, no compañera, porque ella se equivocaba demasiado al escribir a máquina, además de manchar siempre el papel. Eso dijo él. En cuanto a la muchacha, pensó que por respeto se debe respetar algo y había cerrado mucho a mi jefe, que era su amor oculto.

—Discúlpame por la molestia.

El señor Raimundo Silveira —que a esas alturas ya le había dado la espalda— se volvió sin poca sorpresión por la delicadeza inesperada, y algo en la cara casi sonriente de la mecanografía le hizo decir con menos grosería en la voz, aunque sobrante:

—Bien, puede que no la despida ahora mismo, tal vez sea dentro de un tiempo.

Después de escribir el aviso, fue al servicio, para estar solo porque se sentía toda avasallada. Se sintió maquinalmente en el espejo que colgaba sobre el lavabo sucio y desconchado. Sobre de pelos, algo concordante con su vida. Le pareció que el espejo estaba y encerraba no reflejaba ninguna imagen. (Acaso le había enfriado su existencia física? Pero esa ilusión óptica se desvaneció y entonces la cara deformada por el espejo redondo, la sucio que parecía sonreírse, como la turbia de carrito de un payaso. Se miró y pensó si parecía tan joven y tan ridícula.

¿Por los que tienen. Y han los que no tienen. Es muy simple: la muchacha no tenía. (No tenía qué? No es más qué eso mismo: no tenía. Si se tenía que me entiendan, está bien. Si no, también está bien. (Pero por qué habló de esa chica, cuando lo que más dolor en el trigo de just's mañana) y con era el estilo?)

Cuando era pequeña, su tía, aficionada el castigo del miedo, le había dicho que el hombre vampiro —el que chupa la sangre de las personas mordiéndoles las cuellos tiernas de la garganta— no se refleja en los espejos. No estaría del todo mal lo de ser vampiro, porque le iría bien un poco de rubor de sangre en su cara amarillenta, ella, que parecía que no tuviese sangre, o menos que en algún momento la derramara.

La chica tenía hombros cuervo, como los de una cucaracha. De niña había aprendido a nacer. Se hubiese sentado mucho más a gusto estregada a esa tarea primerona de no-importar bilis, (al vez de sola. O de bajo santo bien brillante, un brote de almas. Zuerdoria nunquito. Cargar como una hormiga un grano de azúcar.

Era tan insignificante como una idiota, sólo que no lo era. No sabía que era desventurada. Era, porque tenía fe. (En qué? En ustedes, pero no es necesario tener fe en algunos o en algo, basta con tener fe. Eso a veces le daba un estado de gracia. Nunca había perdido la fe.

(Esta muchacha me incomoda tanto que me he quedado vacío. Estoy vacío de esta chica. Me incomoda tanto más cuando mienten mujer. Tengo rabia. Una ira como para tirar vasos y platos y romper cristales. (Cómo vengarme? O mejor, ¿cómo comprometerme? Ya lo sé: queriendo a mi perra, que tiene más comida que esa chica. (Por qué no reacciona ella? (Dónde está su fibra? No tiene. es dulce y obediente.)

Vio entonces dos ojos enormes, redondos, saltones e interrogativos —venía la mirada de quien tiene un alta herida—, tal vez sus problemas de tiroides, ojos que preguntaban. (A quién interrogaba? (A Dios? Ella no pensaba en Dios. Bien no pensaba en ella. Bien es de quien consigue llegar a El. En la irreflexión aparece Dios. No hacía preguntas. Adivinaba que no hay respuestas. (Ha a ser tan tonta de preguntar? (Y escribir un «no» en la cara? Tal vez una pregunta sacia cabiese tan sólo para que un día nadie pudiera decir que ni siquiera había preguntado. A falta de quien le respondiese, ella misma parecía haberse contestado: es así porque es así. (Existe en el mundo otra respuesta? Si alguien sabe alguna mejor, que se presente y la diga; hace años que espero.

Entre tanto, las nubes son blancas y el cielo es todo azul. Para qué tanto Dios. Por qué no un poco para los hombres.

Ella había nacido con malas precedencias y ahora parecía una hija de no-sé-qué con aire de perfil discípulas por no-sé-por no-especia. En el espejo, distraída, examinó de cerca las manchas de su cara. En Alagoas se llamaban pecas, decían que venían del hígado. Oralitaba las manchas con una capa espesa de polvo blanco y, si se veía medio revocada, era mejor que veía parduzca. Toda ella estaba un poco sucia, por que tuvo era que se lavase. De día llevaba falda y blusa y de noche dormía con la enagua. Una compañera de cuarto no sabía cómo advertirle que olía a negro. Y como no sabía, se quedó en eso, porque tenía miedo de ofendella. Nada era ella exclusivo, aun cuando la piel de su cara tuviese esas manchas un figura bella de ágiado. Pero no importaba. Nadie la miraba en la calle, ella era café frío.

Así pasaba el tiempo para esta chica. Se sentaba la tarde en el dobladillo de la enagua. No tenía esa cosa delicada que se llama encanto. Sólo era la cosa encantadora. Sólo yo, no autor, lo amo. Sufro por ella. Y sólo yo puedo decirle así: «Qué bella! que me pidas llorando y yo no te de cantando!». Esa muchacha no sufría que ella era la que era, tal como un cachorro no sabe que es cachorro. Por eso no se sentía infeliz. La única que quería era vivir. No sabía para qué, no se lo preguntaba. Quien sabe, tal vez encontraría que había una infima gloria en vivir. Pensaba que una persona está obligada a ser feliz. De modo que lo era. (Antes de nacer ella era otra idea? (Antes de nacer estaba muerta? (Y después de nacer iba a morir? Pero qué fina rajada de sandía.

Hay pocos hechos para contar y yo mismo no sé todavía lo que eran manifestarlo.

Ahora (explosión)—en cuidadosos trazos dibujaré la vida anterior de la muchacha hasta el momento del espejo del lavabo.

Había nacido respetiva por completo, herencia del sexto, los malos precedentes de que hablé. Cuando tenía dos años de edad se le habían muerto los padres de unas fiebres malignas en el sexto de Alagoas, allá donde Dios perdió la guerra. Mucho después fue a Maceió, con su tía la bruxa, única familia que tenía en el mundo. Alguna que otra vez recordaba algo olvidado. Por ejemplo, la tía le solía dar unos golpes en la cabeza porque la mollera debía ser, pensaba la tía, un puerco vacío. Siempre le daba con los nudillos de los dedos en la cabeza de hueso débiles por falta de calcio. Le pegaba, pero no sólo porque al pegar experimentaba un gran placer sensual —su tía, que no se había casado por repugnancia—, sino también porque consideraba que era su deber evitar que la niña un día llegara a ser una de esas muchachas que ofrecen sus bien por las calles con un cigarrillo encendido y esperando a algún hombre. A pesar de que la niña no hubiera dado muestras de que en el futuro fuese a convertirse en una vagabunda callejera. Porque ni aun el hecho de ser mujer parecía formar parte de su vocación. La feminidad le nacería tarde, porque hasta el cuajo era tanto dentro el sol. Los golpes los olvidaba porque, si se espera un poco, el dolor acaba por pasarse. Pero lo que más le dolía era verse privada del poster de todos los días: dulce de guayaba con queso, la única pasión de su vida. (Pues no había sido el cariño que se concretó en el predilecto de la tía antes? La niña no preguntaba por qué siempre era castigada, pero no es necesario saberlo todo: y el no saber era una parte importante de su vida.

Eso no saber puede parecer perjudicial pero no lo es tanto, porque la muchacha sabía muchas cosas como el cachorro que sabe morir el rabo y la persona que sirve hombre aunque nadie se lo haya enseñado: nacer y se encuentra con que lo sabe. Igual que nadie le enseñaría un día a morir sin duda que Ita a morir un día como si antes se hubiese estudiado de memoria el papel de la ruseña. Porque en la hora de la muerte uno se vuelve como una brillante estrella de cine, en el instante de gloria de cada uno y se parece al mecanismo en que en el corto-circ[illegible] se oyen agudos silbidares.

De niña había anhelado criar algún animal. Pero la tía consideraba que un animal era una boca más para alimentar. De modo que la niña se dijo que sólo le querdaba criar pulgas, ya que no merecía el amor de un perro. Del tratto con su tía le había quedado la costumbre de llevar la cabeza gacha. Pero no le había contagiado su desvesión: muerta la tía, nunca más Ese y otra iglesia porque no sentía nada y las dividido dos le resultaban enteralas.

Qué la vida es así se pulsa un botón y la vida se encienda. Sólo que ella no sabía cuál era el botón que había que pulsar. Ni se daba cuenta de que vivía en una sociedad terriblemente dividir ella era un torrillo precindible. Pero desaturiti, inquieta, una cosa: ya no recordaba haber tenido padre y madre, había olvidado ese salvar. Si le pensaba con más cuidado, se diría que había brotado de la tierra del sexto como una seta que después se hubiese cubierto de malva. La chica hablaba, sí, pero era muy callada. A veces le sacó alguna palabra, pero se me escapa entre los dedos.

A pesar de la muerte de su tía, tenía la certeza de que todo para ella iba a ser distinto, porque no iba a morir jamás. (Mi pasión es la de ser el otro. Es este caso, la otra. Me entrevisco tan desdoblado como ella.)

Lo definible va me cansa. Prefiero la verdad que hay en el presagio. Cuando me libere de este relato, sobrará al dominio más irresponsable de no tener más que ligeros presagios. Yo no invento a esa chica. Ella ha brotado en mi no existencia. Ni de lejos era una idiota débil mental, fue a la derecha y sorprendentemente una idiota. Una muchacha que al menos no merodiga. Su cosmida, bobia toda una sabiduría de gente más desarrollada y hambreienta. Sólo yo la amo.

Después —con se sabe por qué—, habían atendido a Río de Janeiro, el tío recibió Río de Janeiro, la tía le consiguió un trabajo, después murió, y ella, ahora sola, vivía en un cuarto compartido con otras cuatro muchachas, dependientas de los Almacenes Americanos.

El cuarto estaba en un viejo edificio colonial de la ingreva calle de Acre, entre las pensiones que rivalizan con moteneros, dispósitos de carbón y de cemento en polvo, no lejos del puerto. El muelle instando le traía alegría de un horizo. (¿Qué pasa? Porque estoy contando algo así como acordes de un piano alegre. (Será un símbolo de que la vida de la muchacha podría tener un futuro esplendido? Estoy contento con esa posibilidad y lo haré feito para que se haga realidad.)

Calle de Acre. Pero qué lugar. Las ratas gordas de la calle de Acre. Si supiera la pise porque, sin ninguna vergüenza, tengo miedo de esos pedazos pardos de vida asquerosa.

Alguna que otra vez tenía la fortuna de oír de madrugada el canto del gallo a la vida y ella recordaba, nostálgica, el sexto. (Dónde iba a cubrir un gallo con su quiquiriquí en aquellas tierras cercas de artículos al por menor de exportación e importación? (Si el lechor posee algunas riquezas y lleva una vida acomodada, soldrá de sí para ver cómo es a veces el otro.

Si es pobre, no me oscuri leyenda, porque lastima es superfluo para quien tiene una tenaz hambre permanente. Hago aquí el papel de tela vilvula de escape de ustedes y de la vida aplicarante de la clase media. Bien sé que du miedo salir de sí mismo, pero todo lo que es nuevo asusta. Aunque la muchacha asemiana de la historia sea tan amigosa que pudiera ser una figura bíblica. Era sobre todo criatura y única había dado flor. Mientes: ella era un capín.)

De los veranos soñolientos de la calurosa calle de Acre sólo prevalecía el sudor, un sudor que olía mal. Ese sudor me ponía de peligro mío. No sé si tenía razón o no, pero que no. En la tiniebla de la noche un hombre que silba y jamás pretende, en el jadeo de un chucho abandonado. Entre tanto... las constelaciones silenciosas y el espacio que es tiempo, que nada tiene que ver con ella y con nosotros. Así pasaban los días. El canto del gallo en la aurora sanguinolenta daba un sentido fresco a su vida marchita. En la madrugada se oía una bandada de pájaros bulliciosos en la calle de Acre: es que la vida brotaba en el surco, alegre entre las piedras.

La calle de Acre para vivir, la calle de Lavradio para trabajar, los muelles del puerto para ir a pasear en domingo, alguna que otra sirena, con su sonido largo, de barco de carga que no se sabe por qué pone angustia en el corazón, algún que otro canto de gallo delicioso aunque un poco diabólico. Desde el rumor de llegada el canto del gallo. Urquídea desde el infinito hasta su casa, felicidad de gratitud. Suelto ligero porque hacía casi un año que estaba resfriado. Tenía acerca de su seva en la madrugada los apagados cornisa la almohada mezquina. Pero las compañeras de cuarto –María de la Peña, María Aparecida, María José y María Teresa– no se incomodaban. Venían demasiado cansadas del trabajo, que no por anónimo era menos arduo. Una rendija pobres de tarjeta Coty, ay, qué cosa. Se daban vuelta para el otro lado y soñaban a dormir. La luz de la otra fase la luz somnolenta en un sueño más profundo aún. (El cielo estaba abajo o arriba?, pensaba la normista. Acostada no lo sabía. A veces antes de dormirse sentía hambre y se quedaba medio alucinada pensando en un filete de ternera. El remedio entonces era masticar hasta masticado un trozo de papel y tragarlo.

Sí. Me acostumbro pero no me amanso. ¡Por Dios! Con los animales me entiendo mejor que con la gente. Cuando veo a mi caballo libre y suelto en el prado, me dan ganas de apoyar mi cara en su pescuezo vigoroso y atezo inquieto y contarle mi vida. Cuando acaricio la cabeza de mi perro, al que él no exige que yo diga cosas sensatas o me explique.

Tal vez la normista tu hubiese llegado a la conclusión de que la vida inconsola bastante, el alma no cabe bien en el cuerpo, aun un alma pobre como la suya. Imaginaba la chica, lleno de supervisión, que si acaso llegara alguna vez a sentir un gusto muy grande de vivir, se perdería de prisa el encantamiento que la había convertido en prisionera y terminaría por transformarse en un animal cazador. Porque, por más que fuese su situación, no quería ver se privada de ti, quería ser ella misma. Pensaba que le tocaría un castigo grave y que hasta correría un riesgo de muerte si sentía ese gusto. Entonces se defendía de la muerte viviendo menos, gastando poco de su vida para que no se le acabara. Esa economía le daba alguna seguridad, porque el que cae al suelo, de allí no pasa. (Tendría la sensación de que vivía para nada? No puedo saberlo, pero creo que no. Sólo una vez se hizo una pregunta trágica: ¿quién soy yo? Se asustó tanto que dejó de pensar por completo. Pero yo, que no sé nunca a ser ella, siento que vivo para nada. Sin gratuito y pago las cuentas de la luz, el gas y el teléfono. En cuanto a ella, de vez en cuando, cuando cobraba su salario, hasta se compraba una rosa.

Todo eso ocurre en este año presente y sólo acabará este sólido difícil cuando quede exhausto por la lucha, no soy un desertor.

A veces se acordaba de una antevalora canción desafinada de niños que juegan a la rueda cogidos de las manos; ella ota sin participar, porque la tía la necesitaba para que barriese el suelo. Las niñas de calle Ilos ondeladas con lazos de cintas color de rosa. «No quería una de sus hijas, mas tamtiralirala.» –«Cuál de ellas le gustaba, mantamtiralirala?» La música era un fantasma pálido como una rosa que es una locura de belleza, pero mortal: pálida y mortal, la muchacha era hoy el fantasma suave y temible de una infancia sin pelotas ni muñeca. Entonces solía fingir que corría por los corredores con una muñeca en la mano, tras una pelota, riendo sin parar. La carcajada era horrible porque ocurría en el pasado y sólo la imaginación modelaba la risa: el presente, ahí cerca de lo que podría haber sido y no fue. (Te he avisado que era literatura de cordel, aunque me niegue a mostrar la menor piedad.)

Debo decir que esa muchacha no tiene conciencia de mí, si la tuviese tendría alguien por quien rezar y sería la salvación. Pero yo tengo plena conciencia de ella: a través de esa joven oigo un grito de horror a la vida. La vida que tuvimos antes.

Vuelvo a la muchacha: el hijo que se permitía era tomar una taza de café frío antes de dormir. Pagaba ese lujo con la acidez que sentía al despertarse.

Era callada (porque no tenía qué decir), pero le gustaban los ruidos. Eran vida. En cambio, el silencio de la noche la asustaba: parecía que estaba presto a decir una palabra fatal. Durante la noche en la calle de Acre era raro que circulara un automóvil, y cuantos más bocinazos, mejor para ella. Además de esos ruidos, como si no bastasen, había un ruido exterior de pilón que toda enfermedad por allí abajo, eso se lo había revelado la tía. A pesar de sus pequeños problemas, tan raquíticos. Tanto, tanto. Pero vivía tumergida en tal pasmo que por la noche no recordaba lo que había ocurrido por la mañana. Vagamente pensaba hacía mucho tiempo y sin palabras lo siguiente: ya que soy, la cuestión es ser. Los gallos de los que he hablado anunciaban otro día repetido de cansancio.

Cantaban el cansancio. (Y los gallinas, qué hacían?, se preguntaba la muchacha. Los gallos al menos cantaban. Para hablar de gallinas, la chica a veces comía un buey duro en un bar. Pero la tía le había enseñado que comer bueyes hacía daño al hígado. Ya que era así, obedecería, se ponía mala, sentía dolores en el lado izquierdo, el opuesto al hígado. Porque era muy impresionable y creía en todo lo que existía y en lo que no existía también. Pero no sabía alborotar la realidad. Para ella la realidad era demasiado para convivirla. Además, la palabra «realidad» no le decía nada. Ni a mí, por Dios.

Cuando dormía, casi soñaba que la vía le daba golpes en la cabeza. O de modo extraño soñaba cosas de sexo, ella, que tenía una aparición a aversada. Al despertar se sentía culpable sin saber por qué, tal vez porque lo que en buenos debe estar prohibido. Culpable y cuneta. Por sí acaso se sentía culpable apoya y vuelta inexistentemente tres invocarías, amén, amén, amén. Rezaba pero sin Dios, no sabía quién era El y por lo tanto El no existía.

Acabo de descubrir que para ella, excepto Dios, también la realidad era muy poco. Se le daba mejor la irreal cotidiano, vivía en cámara lenta, debe que sonaba en el asunto por las comodinas, lo cual era su mundo interior, lo cual era lo de adentro de la naturaleza.

La pareja bueno estar triste. No desaparecía, porque nunca había llegado a ese, ya que era tan modesta y simple, pero al ese cosa indefinible, como el ella tiene romántica. Una es que era teatrística, si siquiera hay que decirlo. Era una neurosis que la sostenía. Dios mío, por la nervos ese: modesta. De vez en cuando iba a la Zona Sur y se quedaba mirando los escaparates chisporrotes de joyas y de prendas de seda sólo para mortificarse un poco. Ya que exhalan en falta encontrarse consigo misma y volver un poco en su encuentro.

El domingo se levantaba más temprano aún para tener más tiempo en hacer nada.

El peor momento de su vida era el fin de la tarde de ese día, cuia era una meditación inquieta, el cielo del domingo estaba azul. Suspiraba. Tenía almorzado de cuando era pequeña –comida vieja– y pensaba que había sido feliz. En verdad, por nada que sea, la infancia siempre está encantada, qué sueño. Nunca se quejaba de nada, sabía que las cosas son como son y, ¿quién organizó la tierra de los hombres? Sin duda un día iba a merecer el cielo de los oídicos, donde sólo entra quien es tercido. Además, no es eso de entrar en el cielo, olvidado se es en la propia tierra. Juro que no puedo hacer nada por ella. Les aseguro que si pudiese mejoraría las cosas. Yo bien sé que decir que una mecanógrafa tiene el cuerpo extraño es decir una brutalidad pero que cualquier palabrota.

(En cuanto a escribir, más vale un taxhuevo vivo.)

He de registrar aquí una alegría. En un domingo alligrese y sin comida, la muchacha experimentó una felicidad inesperada que resultaba inexplicable: en el muelle del puerto vio un avión iris. Después de experimentar ese éxtasis delicado ambicionó otra: quería ver, como cierra ver en Macció, estallar muchos fuegos de artificio. Quiso más, porque es una gran verdad que cuando se da la mano, esa gentuza quiere todo el resto, el poderoso sueña con hambres de todo. A ver si hay alguien con nuevos derechos, ¿no es así? No había fuegos –el menos yo no la tengo– de obtener los multiplicados brillos de la fiesta-lovinia de los fuegos de artificio.

(Debo decir que se volvía loca por los soldados? Pues así era. Cuando veía uno, pensaba con un entendimiento de placer: (será el quien, me mate?

Si la muchacha hubiese sabido que mi alegría también vie-

se de mi más profunda tristeza y que la tristeza era una alegría frustrada. Sí, era un poquito alegre dentro de su tristeza. Nirvana de guerra.

Se permitía un lujo, además de ir al cine una vez al mes: se pintaba de un rojo escarlata gitanesco las uñas. Pero como se las comía casi hasta la cutí, el rojo chillón desaparecía en seguida y entonces a verse la linea negra que había debajo.

(Y Cuando se despertaba? Cuando se despertaba ya no se lo había quién era. Un poco más tarde (pensaba con satisfacción: era mecanógrafa y virgen, me gusta la exactitud. En ese momento se sentía de sí misma, pasaba el resto del día representando con obediencia el papel de ser.

(Lograría enriquecer este relato si usase algunos términos técnicos difíciles? Pero ahí está: esta historia no tiene nada de técnica, ni de estilo, es a la buena de Dios. Yo tampoco guardaría, por nada del mundo, con palabras brillantes y falsas una vida pareja como la de la mecanógrafa. Durante el día, como todos, hago gestos que me gustan desagradables a mí mismo. Para uno de los gestos más desagradables en este relato del que no tengo culpa y que tale como quiere. La mecanógrafa vivía en una especie de nimbo azulado, entre el cielo y el infierno. Nunca había pensado en ese ser yo. Creo que se consideraba sin derecho, ella era un azar. Un feto abandonado en el cubo de la basura, envuelto en un periódico. (Has sufrido como ella? Sí, y que apenas son un azar. Pensándolo bien, siguen no es un azar en la vida? En cuanto a mí, sólo me libro de no ser más que un azar porque escribo, lo que es una acción que es un hecho. Cuando existo en contacto con mis hermanos inertes, encuentro a través de mí al Dios de nimbos. (Para qué escribo? (Lo sé yo? No lo sé. Sí, en verdad, a veces también pienso que yo no soy yo, parezco testido de una gélatina lejana, de las extraño a mí como soy. (Soy yo? Me espanto de encontrarme conmigo.

La teorcinna no creía en la muerte, como ya he dicho, pensaba que no existía no estaba viva! Había olvidado los nombres de la madre y del padre, jamás mencionados por la tía. (Con excesa de desenvoltura creo) usando la palabra excitá y eso se entenderá en mí, que tengo miedo de apostar me del Orden y caer en el abismo poblado de gritos: el Infierno de la libertad. Pero he de continuar.)

Continuando:

Todas las mañanas encendía la radio que le había prestado una compañera de cuarto, María de la Peña, la pesita hizo hijo, para no despertar a las otras, sintonizaba invariablemente Radio Reloj, que daba «la hora exacta y noticias culturales», y nada de música, sólo el tic tac de gotas que caen: una gota por minuto transcurrido. Sobre todo, esa emisora aprovechaba los intervalos entre aquel goteo de minutos para dar anuncios comerciales: ella adoraba los anuncios. Era una radio perfecta porque también entre el goteo del tiempo hexadalia fricciones breves de las que tal vez algún día tuviese necesidad. Así fue como aprendió que el emperador Carlomagno era llamado Carolus en su tierra. Por cierto que nunca encontró el modo de aplicar esa información. Pero nunca se sabe, el que espera siempre lo consigue. También se enteró de que el único animal que no se avanza con su hijo es el caballo.

—Ese, pensaba, es una información —dijo la muchacha a la radio. Otra vez escuchó: «Arrepiéntete en Cristo y El te dará la felicidad». Entonces se arrepintió. Como no sabía bien de qué, se arrepentía toda y de todo. El pastor también decía que la vergüenza es una cosa inútil. De modo que ella no se vergoña.

Sí, quiero empezar siempre de contagiar. (Sí?

Tenía lo que se denominaba vida interior y no salía que la tenía. Vivía de sí mismo como si estuviese sus propias entrañas. Cuando iba al trabajo parecía una loca mística, porque mientras viajaba en autobús, se perdía en el devanco de sueños elevados y desbordantes. Eran sueños, de tanta intensidad que tenían, estallan vacíos porque les faltaba el núcleo esencial de una experiencia previa de..., de éxtasis, digamos. La mayor parte del tiempo, sin saberlo, tenía el vacío que llevan el alma de los santos. (Era una santa? Al parecer. No sabía que meditaba porque no sabía lo que quería decir esa palabra. Pero pensamos que su vida era una larga meditación sobre la nada. Sólo que necesitaba de los demás para creer en sí misma, porque de lo contrario se podía perder en los nacimientos circulares que había en ella. Meditaba mientras escribía a máquina y por eso se equivocaba aún más.

Pero tenía algunos gustos. En las noches frías, ella, temblando entre las sábanas baratas, acostumbraba a leer a la luz de una vela los anuncios que recortaba de los periódicos viejos de la oficina. Hacía colección de anuncios. Los pegaba en un álbum. Había un anuncio, el más precioso, que rejuvenecía en colores el buen abierto de una chica para la piel de mujeres que simplemente no eran ella. Mientras, según aproximaba, hacia el gesto final de abrir y cerrar los ojos, dejaba volar la imaginación con delicias: la crema era tan apreciada que, si tuviese dinero para comprarla, no sería tonta. Qué pa? ni qué nada, se la comería, sí, a cucharadas, del precipicio bote. A ella le faltaba gordura, su organismo estaba seco como una bolsa medio vacía de galletas machacadas. Se había vuelto, como el tiempo, apenas materia viviente en su expresión primera. Quizá fuese así para defenderse de la gran tentación de ser infeliz de una vez y tener pena de sí. (Cuando pienso que yo podría haber sido ella —(Y por qué no?— me enternezco. Me parece una bonita cobarde el hecho de no serlo, tienen culpa, como dije en uno de los cuales.)

En todo caso, el futuro parecía que iba a resultar mucho mejor. (Por lo menos el futuro tenía la ventaja de no ser el presente, siempre hay un mejor para lo que es malo. Pero no había en ella materia humana. Es que tenía en sí misma carencia, ferocidad de Ser. Además, por encima que parecía, ella corría. No era más que una fina materia orgánica. Existía. Sólo eso. (Y yo? De mí sólo se sabe que respiro.

A pesar de que no tenía más que esa pequeña llama indispensable: un soplo de vida. (Estoy pasando por un pequeño infierno con este relato. Quieran los dioses que nunca describa un lunares, porque si no, me cabritía de lepra.) (Si estoy demorando un poco en hacer que ocurra lo que ya pasó vagamente, lo hago porque necesito tomar varias fotos de esa alegoría. También porque, si hubiese algún lector para esta historia, quiero que se enlerba de la joven así como un patio en el suelo enclaustrado. La muchacha es una verdad de la que yo no quería saber. No sé a quién acusar, pero ha de haber un reo.)

(Tal vez si pensero en la sinsense de su vida estaré violando el secreto de los favorecer? (Seré castigado con la muerte por hablar de una vida que contiene, como todas nuestras vidas, un secreto inviolable? Procuro con furia hallar en esa existencia al menos un topacio de esplendor. Quizá sí. En lo desdoblar, todavía no lo sé, pero tengo esperanza.

Olvidé decir que a veces la mecanógrafa sentía náuseas al comer. Fue le venía de la niñez, de cuando supo que había comido gato frito. Se inventó para siempre. Perdió el apetito, sólo sentía un hambre enorme. Le parecía que había cometido un crimen, que había comido un ángel frito, que las alas se le quebraban entre los dientes. Ella creía en los ángeles y porque creía, existían.

Nunca había cenado ni almorzado en un restaurante. Lo hacía de pie, en el bar de la esquina. Tenía la vaga idea de que una mujer que entra en un restaurante es francesa y fácil.

Había cosas que no sabía lo que significaban. Una era «elementales». (Acaso el señor Raimundo no le mandaba copiar con su letra bonita la palabra «elementales o «elementicas»? El término «elemental» le resultaba absolutamente misterioso. Cuando lo copiaba, prestaba atención a cada letra. Obtenía una tarjetería y no sólo quedaba más, sino que no parecía que se confundiese con las palabras difíciles de las que tanto gustaba el jefe. Lo cierto es que la muchacha se había apasionado por la palabra elementales.

Otra fotografía: nunca había recibido regalos. Además, no necesitaba demasiado. Pero un día vio algo que por un momento deseó: un libro que el señor Raimundo, amante de la literatura, dejaba sobre la mesa. El título era *Humillados y ofendidos*. Se quedó pensativa. Tal vez hubiese visto por primera vez una definición de clase social. (Pensó, pensó y pensó? Llegó a la conclusión de que en verdad nadie la había ofendido jamás, nada ocurría porque las cosas son como son y no había hacha posible, ¿para qué hachar?

Preguntó no: (Sabría ella algún día del sabor del amor? (Sabría algún día de los dominios del amor? (Tendría a su modo el dulce vacío? Nada de esto sé. Qué se puede hacer con la verdad de que todo el mundo está un poco triste y un poco solo. La teorcinna se perdía entre la multitud. En la plaza Mauá, donde tomaba el autobús, hacia frío y no había ningún refugio contra el viento. Ah, pero existían los buzones de cinco que le producían alucinaciones de quién sabe qué. Iba a verlos tan sólo. En realidad, salía de la oficina sombría, enfrentaba el aire de lucha, crepuscular, y comprobaba entonces que todos los días a la misma hora era exactamente la misma hora. Era irremediable el gran reloj que funcionaba en el tiempo. Sí, para mí desesperación, a las mismas horas. Bien, (y qué? Para nada. En cuanto a mí, autor de una vida, se me dan mal las repeticiones: la cocina me separa de mis posibles novedades.

Para hablar de novedades, la muchacha vio un día en un bar a un hombre rar, rar, rar, guapo que..., que quería llevársela a su casa. Debería de ser como..., como tener una gran renovación renovable-renovada en su estuche abierto. Inexcusable. Por la alianza comprendió que estaba casado. Cómo casarse con-con-con una persona que sería para-para-para ser contemplada, tartamudeaba ella con el pensamiento. Se moriría de vergüenza si oyera frase a él, porque era guapo más allá del posible equilibrio de una persona.

¡Pues no se le ocurrió que quería que sus espaldas descansaran un día! Sabía que si le hablaba al jefe de eso, él no iba a creer que le dolían las costillas. Entonces se valió de una mentira, que consistía más que la verdad: dijo al jefe que al día siguiente no iría a trabajar porque quería ser un dinero era muy peligroso. Y la mentira pasó. A veces sólo la mentira salva. Entonces, al día siguiente, cuando las cuatro Marías, fatigadas, fueron a trabajar, ella obtuvo por primera vez en su vida la más preciada de las cosas: la soledad. Tenía un cuarto para ella sola. Apenas si podía creer que disponía del espacio. Y no se oía ni una palabra. Entonces bailó, en un acto de irrepetible absoluta, porque no la había escuchado. Bailaba y giraba porque al estar sola se veía. ¡Libre! Dispuesta de todo, de la soledad arduamente conseguida, de la radio de pilas a todo volumen, de la amplitud de la habitación sin las Marías. Pidió y consiguió como un favor que la propietaria de las habitaciones le diese un poco de café soluble y, también como favor, le pidió agua hirviendo: se lo vertió a sorbos, delante del espejo, para no perderse nada de sí misma. Reconocerse consigo misma era un lujo que hasta entonces no había conocido. Creo que nunca estuve tan contenta en esta vida, pensó. No debía nada a nadie y nadie le debía nada. Hasta se dio el lujo de absorberse: un absortamiento bien distinto.

Descontó un poco de su inesperada facilidad para pedir favores. «O sea que necesitaba de condiciones especiales para ser encantadora! ¡Por qué no olvidar siempre así en la vida! Hasta mirarse en el espejo no le resultó tan aterrador: estaba contenta, pero cómo dolía.

—Ah, mes de mayo, no me dejes nunca más! —exclamó— fue su exclamación íntima al día siguiente, 7 de mayo, ella, que nunca exclamaba. Quizá porque por fin alguna cosa le había sido dada. Dada por ella misma, pero dada.

En esa mañana del día 7, el dorado inesperado para su tan pequeño cuerpo. La luz abierta y fulgurante de las calles atravesaba su opacidad. Mozo, mes de los seres de nieve que flotan. Mozo.

Lo que sigue es un mero intento de reproducir los páginas que escribí y que no cocinera, al verlas por allí, tan a la basura para mi desesperación, que los muertos me ayuden a soportar lo casi insoportable, ya que de nada me valen los vivos. Ni por ahora. Consigo ajustar el intento de reparación artificial de lo que originalmente escribí sobre el encuentro con su futuro pretendiente. Con humildad contaré ahora la historia de la historia. Por lo tanto, si me preguntaren cómo fue, diría: no lo sé, me perdí el encuentro.

Mozo, mes de las mariposas negras flotando con sus blancos velos. Su exclamación íntima había sido un presagio de lo que iba a ocurrir al final de la tarde de ese mismo día: en medio de un aguacero encontró (explosión) la primera clase de novio de su vida, mientras el corazón le latía como si hubiese tragado un pajarito que revoloteaba prisionero. El mismo chubasco y ella se refugiaron en medio de la lluvia y se reconocieron como dos extraños, animales de la misma especie que se adivinan. El la miró enjuagándose la cara mojada con las manos. Y a la muchacha le fue fácil creer para convertirlo de inmediato en su dador de guardia con quien...

El...

El se acercó y con la voz cautelosa del noviazgo, que la llenó de emoción, le preguntó:

—Disculpe, señorita, ¿puedo invitarla a pasear?

—Sí —respondió atolondrada, de prisa antes de que él cambiara de idea.

—Si me permite, ¿cuál es su nombre?

—Macabea.

—Hace qué?

—Ah, sí, lo siento, no entendí bien. Macabea, ¿y qué más?

—Macabea, nada más.

—Pero ¿cómo se llama?

—Macabea.

—Pero ¿y su padre?

—No conozco a mi padre.

—Pero ¿cómo se llama su madre?

—Tampoco conozco a mi madre.

—Pero ¿cómo se llama usted?

—Macabea.

—Pero ¿cómo se llama su tía?

—Macabea.

—Pero ¿cómo se llama su novio?

—Macabea.

—Pero ¿cómo se llama su amigo?

—Macabea.

—Pero ¿cómo se llama su vecino?

—Macabea.

—Pero ¿cómo se llama su jefe?

—Macabea.

—Pero ¿cómo se llama su médico?

—Macabea.

—Pero ¿cómo se llama su dentista?

—Macabea.

—Pero ¿cómo se llama su peluquero?

—Macabea.

—Pero ¿cómo se llama su...?

—Macabea.

—Pero ¿cómo se llama su...?

—Macabea.

—Pero ¿cómo se llama su...

sido un hombre como él, aunque sin el disfraz de oro.

Los asuntos públicos interesaban a Olimpico. El adoraba oir discursos. Porque tenía sus propios pensamientos, eso sí. Se acuclillaba con el cigarro barato entre las manos y pensaba. Como lo había hecho en Peralba, se acuclillaba en el suelo, con el trasero a cero de altitud, a meditar. Decía en voz alta y para sí:

–Soy muy inteligente, llegaré a diputado.

(Y acaso no le daba por decir discursos? Tenía un canto al hablar y usaba palabras engorilladas, propias de quien abre la boca pidiendo y ordenando los derechos del hombre. En el futuro, que no toco en este relato, acabó siendo diputado y exigía que los demás le llamaran doctor.

Macabea, a decir verdad, era una figura medieval, en tanto que Olimpico de Jesús se consideraba una flore marcera, de esas que abren cualquier puerta. Macabea simplemente no era técnica, ella era sólo-ella. No, no quiero salir con sexo innecesarismos, o sea que voy a cortar la desdichada ingléxica de esta muchacha. Pero tengo que señalar que Macabea nunca en su vida había recibido una carta y el teléfono de la oficina sólo era para el jefe o para Gloria. Una vez le pidió a Olimpico que la llamase. El dijo:

–¿Llamarte por teléfono para oír tus bobadas!

Cuando Olimpico le dijo que llegaría a ser diputado por el Estado de Peralba, ella se quedó boquiabierta y pensó: ¡ORIGINAL, ser diputado cuando nos conocimos! No quería, porque lo de diputada le parecía un nombre feo. (Como ya he dicho, ésta no es una historia de pensamientos. Después quitó rueba a las sensaciones inconcretadas, hasta las sensaciones de Dios. Pero la historia de Macabea tiene que salir, porque de lo contrario estallo.)

Las raras conversaciones entre los novios versaban sobre las tortillas de harina, la carne salada, la cocina, la rapadura, el azúcar de pilón. Porque ese era el pasado de ambos y ellos olvidaban la amargura de la infancia ya que, cuando se ha sido, esa época siempre parece agradable y hasta produce nostalgia. Parecían verdaderos hermanos, cosa que –ahora lo percibo– no permite el matrimonio. Pero no sé si ellos sabían eso. (Se casarían o no? No lo sé aún, sólo sé que están de algunas maneras inocentes y pocá tontitos hacían sobre el sueño.

No, he mentido, ahora lo veo todo: él no era nada inocente, a pesar de ser una víctima general del mundo. Llevaba, ahora lo he descubierto, la dura semilla del mal, le gustaba vengarse, ese era su mayor placer y lo que le daba fuerza de vida. Más vale que ella, que no tenía ángel de la guarda.

En fin, lo que tuviese que ocurrir, ocurriría. Y como nada ocurría entre tanto, ninguno de los dos sabía inventar acontecimientos. Se sentaban en donde debe ser: en un banco de la plaza. Allí, acomodados, nada les diferenciaba del resto de la nada. Para mayor gloria de Dios.

Él: –Pues sí.

Ella: –¿Pues sí, qué?

Él: –Si digo pues sí!

Ella: –¡Pero, pues sí- qué?

Él: –Mejor cambiemos de conversación, porque tú no me entiendes

Ella: –¿Entender qué?

Él: –¡Virgen santa! (Macabea, vamos a cambiar de tema ahora mismo!

Ella: –¿Y de qué hablamos?

Él: –De tú, por ejemplo.

Ella: –¿De mí?

Él: –¿Por qué tanto susto? (Tú no eres gente!) La gente habla de la gente.

Ella: –Disculpa, pero no me parece que yo sea muy gente.

Él: –¡Pero si todo el mundo es gente, Dios mío!

Ella: –Yo no me he habituado.

Él: –¿No te has habituado a qué?

Ella: –Ah, no sé explicarme.

Él: –¿Entonces?

Ella: ¿Entonces qué?

Él: –Ove, yo me largo, porque tú eres imposible.

Ella: –Es que sólo tú eres imposible, tú sí otra cosa. ¿Qué puedo hacer para lograr se posible?

Él: –Deja de hablar, que sólo dices estupideces! Di lo que quieras.

Ella: –Me parece que no sé qué decir.

Él: –¿No sabes qué?

Ella: –¡Ay!

Él: –Mira si estoy sangrando de agonía. Mejor será que no hablemos de nada, ¿vale?

Ella: –Sí, vale, como quieras.

Él: –Ay, tú no tienes arreglo. Yo, de tanto oír que me llamaban, me convertí en mi mismo. En el arrión de Peralba no había quien no supiese quién era Olimpico. Y un día todo el mundo va a saber quién soy yo.

–¿Sí?

–¿No te lo estoy diciendo? ¿No me crees?

–Sí que te creo, te creo, te creo, no quise ofender.

De nada ella había visto una cara pintada de rosa y blanco, con un bonito en el que había un poco con agua y todo. Era bonito mirar adentro. Entonces su ideal pasó a ser ese: llegar a tener un gesto así para ella. Pero no sabía cómo hacer, de modo que preguntó a Olimpico:

–¿Sabes si otra persona puede comprar un tapujero?

–Oye, tú hasta ahora no has pensado, no te has dado cuenta de que todo lo que preguntas no tiene respuesta?

Ella se quedó con la cabeza inclinada sobre el hombro, tal como se queda una triste paloma.

Cuando el hábito de hacerse rico, una vez, ella le dijo:

–¿No será una locura tuya?

–¡Vete al infierno! Tú sólo sabes desanimar. Y no sucedió ningún cuentos tacos, porque tú eres una pura imposible.

–Cuidado con las preocupaciones, dicen que provocan úlcera de estómago.

–De preocupaciones, nada, porque estoy seguro de que voy a vencer. Vaya, ¿y si tienes preocupaciones?

–No, no tengo ninguna. Creo que no necesito vencer en la vida.

Fue la única vez que habló de ella con Olimpico de Jesús. Estaba acostumbrada a olvidarse de sí misma. Nunca alteraba sus hábitos, tenía miedo de inventar.

–¿Tú sabías que en Radio Reloj han dicho que un hombre envibió un libro que se titula Alicia en el País de las Maravillas y que era también matemático? También dijeron algo de «figlit»? ¿Qué quiere decir «figlit»?

–Sabes esas cosas en de mujeres, de hombres que se ponía como una mujer. Dircdijo esa palabra que he dicho, mujeres, porque en una palabra breve que no hay que usar delante de una buena chica.

–En esa radio hablan de esa de la «cultura», y dicen palabras difíciles, por ejemplo: ¿qué quiere decir «electrónico»?

Silencio.

–Lo sé, pero no quiero decirlo.

–Me gusta mucho oír el gotero de los minutos del tiempo, que hacen así: tic-tac-tic-tac-tic-tac. Radio Reloj dice que da la hora exacta, cultura y anuncios. ¿Qué quiere decir «cultura»?

–La cultura es la cultura –seguía el fastidiado–. Tú también, vives poniéndome contra la pared.

–Es que has muchas cosas que no entiendo bien. ¿Qué quiere decir «cerca por cópula»?

–Ah, eso es fácil, es caso de matrices.

–¿Qué quiere decir calle del Conde de Bonfim? ¿Qué es conde? ¿Es un príncipe?

–Un conde es un conde, a ver. Yo no tuvenio la hora exacta porque tengo reloj.

No le dijo que lo había robado en el servicio de la fábrica un compañero la había dejado sobre el lavabo mientras se lavaba las manos. Nadie lo supo, él era un verdadero técnico en robar: no unaba el reloj de pulsera en el trabajo.

–¿Sabes qué más aprendí? En la radio dijeron que hay que tener alegría de vivir. Así que yo la tengo. También oí una música bonita. Hasta me bino llorar.

–Era una samba!

–Me parece que sí. La cantaba un hombre que se llama Caetano y que dicen que ya ha muerto. Lo vue era tan suave que daba pena de oírlo. La música se llamaba "Una furtiva lacrima". No sé por qué no decían lágrimas.

–Una furtiva lacrima– había sido la única cosa bellísima de su vida. Enjugando sus propias lágrimas trató de cantar lo que había oído. Pero su voz era áspera y tan desafinada como ella misma. Al oirse, empezó a llorar. Era la primera vez que lloraba, no sabía que tuviese tanta agua en los ojos. Lloraba, se sonaba la nariz sin saber por qué lloraba. No lloraba por la vida que le había tocado: como no había conocido otras formas de vivir, sorpresa que para ella era «así». Pero también creo que lloraba porque, a través de la música, adivinaba que quizá había otros modos de sentir, que había existencias más delicadas y hasta con cierto lujo en el alma. Había muchas cosas que no sabía entender. (¿Aristocracia» –oigo salvaría, acaso, una gracia concedida? Probablemente. Si es así, que así sea. El sumergirse en la vastedad del mundo musical que no necesitaba ser entendido. Su corazón se había desbocado. Al lado de Olimpico se sintió vulnerable de pronto y lastimándose a lo desconocido de sí misma dijo:

–Me parece que hasta sé cantar esa música. La-la-la-la-la.

–Pareces una tonta cantando. Tienes voz de calle rajada.

–Debe ser porque en la primera vez en la vida que canto. Ella pensaba que «lacrima», en lugar de lágrima, era un error del hombre de la radio. Nunca se le había ocurrido que existiese otra lengua y pensaba que en Brasil se hablaba brasileño. Además de los barros de cerga de los domingos, sólo tenía esa música. El tuvo ultimo de la música era su única vibración.

El domingo continuaba sin fuerza. El:

–Después de la muerte de mi santa madre, ya todo me sabía a Peralba.

–¿De qué murió?

–De tuifa. Se le acabó la salud.

El hablaba de grandes cosas, pero ella prestaba atención a las cosas insignificantes, como ella misma. Así fue que reparó en un portal herrumbrado, retorcido, chirriante y desconchado que abría el camino a una serie de casas de una sola residencial. Lo vio desde el autobús. La casa del número 108 hasta tenía una placa en la que estaba escrito el nombre de la casa. Se llamaba «Amane-

otro». Un nombre bonito que también asqueaba cosas buenas.

Le parecía que Olimpico era muy consciente de las cosas. El decía lo que ella jamás había oído. Una vez le había oído:

—La cara es más importante que el cuerpo, porque la cara muestra los sentimientos de la persona. Tú tienes cara de querer ha comido algo que no le gustó, no me agradan las caras tristes, a ver si cambias —y dijo una palabra difícil—, a ver si cambias de «expresión».

Contrariada, le dijo:

—No se cómo se hace para tener esta cara. Pero sólo en la cara estoy triste, porque por dentro me siento alegre. Es tan bueno vivir, ¿verdad?

—Claro! Pero vivir bien es cosa se privilegiados. Yo soy sino de ésos; tú me ves flaco y poca cosa, pero soy fuerte, con un solo brazo puedo levantarte del suelo. ¿Quieres verlo?

—No, no, le dijo mira y no a pensar mal!

—Nadie mira a las flaccuchas ricas.

Fueron hasta la esquina. Macabeia era muy feliz. El la levantó en el aire, de veras, por encima de su cabeza. Ella, extática, dijo:

—Así debe ser viaje en avión.

Si. Pero de pronto él no soportó el peso en un solo brazo y ella cayó de cara en el barro, con la nariz sangrante. Pero era muy campesina y de inmediato le dijo:

—No se preocupes, es un golpe de poco.

Como no tenía pañuelo para limpiarse el barro y la sangre, se empapó la cara con la falda, mientras decía:

—No mires, por favor, que me estoy limpiando y no se debe levantarse la falda.

Bora el se enfurruñó y no dijo ni una sola palabra más. Pasaron dos «is» a buscarla: se terminaron estaba apagado.

Por último terminó por ir a buscarla. Por motivos diferentes entraron en una carnicería. Para ella el olor de la carne cruda era un perfume que la hacía brincar mala, como si la hubiese comido. En cuanto a él, lo que quería era ver al carnicero y su cuchillo afilado. Tenía envidia del carnicero y también quería serlo. Hundió el cuchillo en la carne le excitaba. Ambos salieron de la carnicería satisfechos. Sin embargo ella se preguntaba: ¿qué gusto tendrá esa carne? El se preguntaba: ¿cómo se logra ser carnicero? ¿Cuál era el secreto? El padre de Gloria trabajaba en una carnicería ensangrenta.) Ella dijo:

—Voy a tener tanta añoranza de mí cuando me muera.

—Qué bobada, cuando uno se muere se acabó.

—No fue eso lo que me enseñó mi tía.

—Que se pudra tu tía.

—Sabes qué es lo que yo más querría en la vida? Pues ser artista de cine. Sólo voy al cine el día que el jefe me paga. Voy a los cines de barrio, más baratos. Adoro a las artistas. (Sabes que Marylin era toda color de rosa?

—E si tienes color de sucia. No tienes cara ni cuerpo para ser artista de cine.

—¿Tú crees?

—Se te ve en la lucha.

—No me gusta ver sangre en el cine. Mira, ya no puedo ni siquiera ver sangre, porque me da ganas de vomitar.

—¿De vomitar o de llorar?

—Hasta el día de hoy, gracias a Dios, nunca he vomitado.

—Si, esta vaca no da leche.

Pensar era tan difícil, ella no sabía cómo se pensaba. Pero Olimpico no sólo pensaba sino que además usaba palabras difíciles. Nunca olvidaría que en el primer encuentro él la había tratado de «señorita», él la había convertido en alguien. Como era alguien, hasta se corrigió una barra de labios color rosa. El diálogo de ambos siempre resultaba hueco. Se daba remota cuenta de que nunca había dicho una palabra espontánea. Y «amor» para ella no se decía amor, se decía in-ol-qué.

—Mira, Macabea...

—¿Qué hay que mirar?

—No, Dios mío, no, hay un «mira» de mirar y un «mira» como cuando quieres que una persona te escuche! (Me estás escuchando?

—Todo, todo!

—Pero qué nada, Dios mío, si todavía no dije nada! Pues mira, te voy a pagar un cafecito en el bar. ¿Quieres?

—¿Puede ser cortado con leche?

—Puede ser, porque cuenta lo mismo. Si fuera más, el rey te lo pagas tú.

Macabea no le acostumbraba gastos a Olimpico. Esa única vez él le pago el cortado que ella llenó de azúcar, tanto que estuvo a punto de vomitar, pero se contuvo para no pasar vergüenza. Pues mucho azúcar para aprovechame.

Un día fueron los dos al Jardín Zoológico, donde ella se pagó su propia entrada. Tuvo mucho miedo al ver a los animales. Tenía miedo y no los entendía. ¿por qué vivían? Pero cuando vio la inana contracta, oscura y robusta del rinoceronte, que se movía en cámara lenta, tuvo tanto miedo que se mió encima. El rinoceronte le pareció un error de Dios, que El me perdone, por favor, ¿eh? Pero no pensó en ningún Dios, no era más que un modo de. Por la gracia de alguna divinidad, Olimpico no se dio cuenta de nada. Ella rezó automáticamente dando las gracias. No era agradecimiento a Dios, sólo repetía lo que había aprendido en la niñez.

—La jirafa es tan elegante, ¿verdad?

—Tontería, un animal no es elegante.

Ella tuvo envidia de la jirafa, que se erguía allá arriba, en el aire. Al ser que sus comentarios sobre los animales no agradaban a Olimpico, hizo otro tema.

—En Radio Reloj dijeron una palabra que me pareció un poco rara: misericordioso.

Olimpico la miró con desconfianza:

—Esas son cosas que puede decir una señorita virgen! ¿Para qué sirve saber demasiado! El Mangue está lleno de chicas que han hecho demasiadas preguntas.

—El Mangue es un barrio!

—Es un mal sitio, sólo para hombres. Tú no lo vas a entender, pero te diré una cosa: todavía hay mujeres buenas. Tú me has contado pocas, un cafecito. No pienso gastar nada más contigo, ¿vale?

Ella pensó: no merezco que él me pague nada porque no he merecido.

Después del aguacero del rio, Olimpico ya no fue el mismo: se puso más bruto. Sin pensar en que él mismo era de pocas palabras, como convencer a un hombre serio, le dijo:

—¿Hay que leerlo/arte? ¿Tú no abres el pico si sabes decir una palabra?

Entonces, ofuscada, ella dijo:

—Oye, el emperador Carlomagno era llamado Carolus en su tierra! ¿Y sabías que la nueva vuela con tanta velocidad que si soltase en línea recta daría la vuelta al mundo en 19 días?

—Eso es mentira!

—No, no y no, juro por mi alma para que eso lo escuché en Radio Reloj!

—Pues no me he creo.

—Que me caiga muerta ahora mismo, si estoy mintiendo. Que mi padre y mi madre se queden en el infierno, si te engaño.

—Mira que te vas a caer muerta. Escúchame: tenías hacerlo chasi la alianza o la oreo de verdad?

—No sé bien lo que son, me parece que tal vez un poco... (un poco como?... ¿Quién eres, no sé muy bien quién soy yo.

—Pero al menos sabes que te llamas Macabea?

—Es verdad. Pero no sé qué hay dentro de mi nombre. Sólo sé que nunca he sido importante...

—Pues ser extraordinario: mi nombre aparecerá escrito en los periódicos y será leído por todo el mundo.

Ella dijo a Olimpico:

—¿Sabes que en mi calle tengo un gallo que canta?

—Que qué dices tantas mentiras?

—Es lo juro, por la vida de mi madre que es verdad!

—Pero no está muerta tu madre?

—Ah, si... ¿qué cosa...

¿Pero y yo? ¿Y yo que estoy contando esta historia que nunca me ocurrió a mí ni a nadie que yo conozca? Me siento abismado al ver que sé tanto de la verdad. (Será que mi oficio dedicado es el de adivinar en la carne de la verdad que nadie quiere percibir? Si lo sé casi todo de Macabea es porque una vez vi de reojo la mirada de una monetina intuitiva. Esa imagen me la entregó de cuerpo entero. En cuanto al parabrisas, en seguro que debo haberle fotografía da la cara inmediatamente; y cuando se presta una atención es poseída y virgen de impresiones, cuando se presta atención, la cara lo dice casi todo.)

Ahora me acabo una vez y vuelvo a esas dos personas que por la fuerza de las circunstancias eran seres semiabstractos.

Pero todavía no he pintado bien a Olimpico. Venía del arrabal de Paraiba y tenía una resistencia suicida de la pasión por su tierra lleva y heridida por la sequía. Había traído consigo, compadecido en el mercado de Paraiba, una lata de cosas perfumada y un peine, como única y exclusiva posesión personal y un peine, como única y exclusiva posesión seria. Se untaba el pelo negro hasta que le chorreaba. No creía que a las curiosas les disgustara ese peinar serio. Había nacido retostado y más duro que una rama seca de árbol o de una piedra al sol. Era más posible de salvación que Macabea, porque no había sido por azar que nuestra a un hombre, malquistado con él, en alguna vereda del arrido, donde brotaba todo la hoja de la naveja, nuevo, nuevamente en el bigudo Mundo del campesino. Guardaba aquello en un secreto absoluto; lo que le daba la fuerza que él no secreto. Olimpico era un macho de ribs. Pero Raquelita cuando se trataba de enterrar a veces iba tres veces en la semana a los funerales de desconocidos, que veían anunciados en los periódicos, sobre todo en El Dia, los que se le llenaban de lágrimas. Era una Raquela, pero quién no tiene la suya. La semana en que no había enterros era una semana vacía para ese hombre que, aunque era insensato, sabía muy bien lo que quería. De modo que no era nada insensato. Macabea, al contrario de Olimpico, era brato del aparecimiento de «el que» con «el qué». A decir verdad, parecía haber nacido de una idea vaga inadquirea de sus padres hambrientos. Olimpico ni siquiera robaba siempre que podía, incluso al guarda de la obra en donde dormía. Haber matado y robar hacían que él no hiese un simple somo cualquiera, le daban una categoría, lo convertían en un hombre con el honor ya lavado. El también se salvaba más que Macabea porque tenía gran talento para dibujar con rapidez perfectas caricaturas ridículas de los retratos de los poderosos que salían en los periódicos. Era su venganza. Su única humildad con Macabea fue decirle que la transgresión un puesto no la empresa metalúrgica cuando la despidieron. Para ella era prueba fue un escándalo de alegría (explosión), porque en la metalúrgica encontraría su única conexión verdadera con el mundo: el mismo Olimpico. Pero Macabea, de un modo general, no se preocupaba de su propio futuro: temido era un hijo. Había oído en Radio Reloj que existían siete mil millones de personas en el mundo. Ella se sentía perdida. Pero con su tendencia a ser feliz, su corazón de inmediato había sido mil millones de personas para avalarla.

A Macabea le gustaban las películas de terror o las musicales. Tenía predilección por las mujeres abocadas y las que recibían un tiro en el corazón. No sabía que ella misma era una suicida, aunque nunca se le hubiese ocurrido matarse. En que la vida le revalidaba tan insulso como el pan de ayer sin mantequilla. Y Olimpico era un demonio con suerte y vital y de él nacerían hijos, el tenía el previsado semen. Como ya se ha dicho e no se ha dicho, Macabea tenía ovarios marchitos como una seta roída. Ah, si pudiese coger a Macabea, darle un buen baño, un plato de sopa caliente, un beso en la frente mientras la tapaba con una manta. Y hacer que cuando se despertase encontrara solamente el gran lago de vivir.

Olimpico, a decir verdad, no merecía ninguna satisfacción por el noviazgo con Macabea en lo que describiré ahora. Tal era Olimpico adivinarse que Macabea no tenía la fuerza de la raza, que era un subproducto. Pero cuando vio a Gloria, la compañera de Macabea, se dio cuenta de inmediato de que ella tenía clase.

Gloria poseía en su sangre un buen cálido portugués y además se veía elegante cuando se cimbreaba al caminar, a causa de su sangre africana escondida. A pesar de ser blanca, tenía en sí la fuerza de lo oculto. Se originaba hasta el amarillo bueno sus cabellos crespos, cuyas raíces siempre estaban oscuras. Pero aun originada era rubia, lo que mandaba un punto todo para Olimpico. Además de tener una gran ventaja, que el nuestimo no podía despreciar: cuando Macabea la presentó, le había dicho «Dos carioca de pura cepa!». Olimpico no entendió lo que significaba «de pura cepa», porque esa frase era un dicho de los años de juventud del padre de Gloria. El hecho de ser carioca la convertía en un miembro del envidiable club del sur del país. Tan pronto como la vio, advirtió que Gloria, aun cuando era fea, estaba bien alimentada. Eso hacía de ella un material de buena calidad.

Al mismo tiempo, el noviazgo con Macabea había entrado en una rutina vibia, si en que alguna vez había experimentado algo caliente. Muchas veces él no se presentaba en la portería del atrabán. Pero al menos era un pretendiente. Y Macabea sólo pensaba en el día en que él quisiese formalizar. Y casarse.

Ma tarde, de pregunta en pregunta, Olimpico supo que Gloria tenía madre, padre y comida colgante a tan horas. Así la convertía en un material de primera calidad. Olimpico (así es) estaba cuando supo que el padre de la chica trabajaba en una carnicería.

Por los indios se aliviaba que sería buena parrilla. En cuanto a Macabeo, le pareció que se veía en si misma su propio fin.

Olvidé decir que era realmente asombroso que para el cuerpo casi muerto de Macabea fuese tan amplio su soplo vital, casi fulminado y un rico como el de una doncella gritada, encinta de si misma, por partenogénesis, tenía sueños angelicalísticos en los que aparecían gigantescos animales antediluvianos, como si ella hubiese vivido en las épocas más remotas de esta tierra sanguinaria.

Entonces (pregunta) fue cuando se dedicó a oponer la relación entre Olimpico y Macabea. Una relación quizá vana, pero al menos emparentada con algún amor pálido. El le dijo que había conocido a otra chica y que esa chica era Gloria. (Explosión.) Macabea había visto muy bien lo ocurrido entre Olimpico y Gloria: los ojos de ambos se habían besado.

Antes la cara un poco demacrada, de inexperiencia de Macabea, el hasta pensaría decirle algunas grandezas que marcarían la hora del adiós para siempre. Al despedirse le dijo:

—Tú, Macabea, eres un pelo en la sopa. No te das ganas de comer. Discúlpame si te he ofendido, pero soy sincero. (Estás ofendida)

—No, no, no! (Ah, por favor, ahora quiero irme!) (Por favor, dime adiós en este momento!

Es mejor que no hablé de felicidad o de infelicidad: eso suscita aquella ansiosa desmesura y ella, aquel perfume de violeta, las aguas heladas de la nueva mamá y sus espumas sobre la arena. Yo no lo quiero suscitar porque eso hace daño.

Macabea, me he olvidado de decirte, tenía una desdichada sensual. (Como puede ser que en un cuerpo tan extropiado como el de ella cupiese tanta lascivia, sin que ella lo supiera! Misterio. Al comienzo de la relación, había pedido a Olimpico una lista de 5 a 6 en la que él salía ofendido, para morirse un cierto día así, y ella se encitaba tanto que ocultaba sus padres nuestros y dos avemarias para calmarse.

En el momento en que Olimpico le dio calabaza, la reacción de ella (explosión) fue inverdiosa e inesperada: sin más, se echó a reir. Rela porque no se acordaba de llorar. Sorprendido, Olimpico, sin entender, soltó unas carcajadas.

Terminaron riendo los dos. En ese momento él tuvo una intuición que, por lo, era una delicadeza le preguntó si se ocultaba tiendo de nervios. Ella dejó de reir y dijo: mas, mas cansada:

—No lo sé, no lo sé...

Macabea entendió una cosa: Gloria era la consecuencia del cuarto. Y todo debía de ser porque Gloria era gorda. La gordura siempre había sido el ideal secreto de Macabea, ya que en Maceió había oído que un muchacho decía a otro gordo que pasaba por la calle: «Un chic decía a otro gordo que pasaba por la calle: «Un chic decía a otro gordo que pasaba por la calle: «Un chic

plástico), de ir a la consulta de un médico hacia recomendado por Gloria. El la examinó, la examinó y la examinó de nuevo.

–Usted hace régimen para adelgazar, hija!
Macabea no supo qué contestar.
–¿Qué come?
–Pervitin cubierto.
–Nada más?
–A veces como algún bocadillo de mortadela.
–Y qué bebe? (Leche)

–Sólo café y refresco.
–¿Qué refresco? –preguntó él sin saber qué decía. Al cabo preguntó: –¿Usted a veces tiene crisis de vómitos?
–Oh, nunca! –exclamó muy espantada, porque no estaba tan loca como para desperdiciar comida, como ya he dicho.
El médico la miró y supo que no hacía régimen para adelgazar. Pero le rondaba más cómodo inventar en que no hacía una dieta para adelgazar. Sabía que era así y que él era médico de pobres. Fue lo que dijo mientras le recetaba un vitrino que ella no compró, porque había oído al médico por si con eso sólo se cocaba. El doctor se irritó, sin saber el por qué de su repentina irritación y rebeldía.
–Esa historia del régimen de pocitos calientes es para ricaronas y lo que necesita es buscarse un psicoanalista!
Macabea no entendió nada pero pensó que el médico esperaba que ella se sonriese. Entonces sonrió.
El médico, muy gordo y sudoroso, tenía un tic que de cuanto en cuando le hacía cerrar rítmicamente los labios. El resultado era que parecía estar haciendo pucheros, como un bebé cuando se dispone a llorar.
Ese médico no tenía ningún estímulo. Ejercía la medicina para ganar dinero y no por amor a la profesión ni a los enfermos. Era desconsiderado y pensaba que la pobreza era una cosa fea. Trabajaba para los pobres aunque detestaba tratar con ellos. Le parecían los residuos de una sociedad muy alta a la que él ansiaba pertenecer. Sabía que no estaba actualizado en medicina y en las novedades clínicas, pero para los pobres valía. Se sentía rico y tener dinero para hacer exactamente lo que quería: nada.
Cuando él le advirtió que iba a examinarla, ella dijo:
–Me han dicho que en la consulta del médico hay que quitarse la ropa, pero yo no me quito nada.
Lo observó con rayos X y le explicó:
–Usted tiene un principio de tuberculosis pulmonar.
Ella no sabía si era bueno o malo. De modo que, como pareció muy ofuscada, dijo:
–Muchas gracias, oiga!
El médico simplemente se negó a tener piedad. Y añadió cuando no supo qué comer, prepárese unos buenos espaguetis a la italiana.
Y agregó con esa sonrisa de bondad que se permitía, ya que también se consideraba perseguido por la suerte:
–No es demasiado caro...
–Esa comida que ha dicho usted yo nunca en la vida la he comido. Esa buena!
–Buenísima! Mire qué tripa tengo yo! Es el resultado de

hartos platos de macarrones y mucha cerveza. Pues de la cerveza, es mejor no beber Alcohol!
Ella repitió, cansada:
–Alcohol!
–Sabe qué le digo? Que la pavía es rara!
Sí, mató apasionado por Macabea, no aprecia Mary, que, atraído por su lozanía y su inocencia total, pues ella no sabe para nada. Apasionado por sus palmeras frágiles, la delgadísima. Ve algún pez que ella abrirse la boca para decir:
–Estoy solo en el mundo y no creo en nadie, nadie merece, a veces hasta en la boca del pavo, no no no que una persona habla con otra, la soledad sólo me llega cuando estoy sola.
Sin embargo, Macabea piensa dijo Emeric, no piensa bien porque era parca de palabras. Además, no tenía conciencia de sí y no reclamaba nada, incluso pensaba que era feliz. No se rebelaba de una idiota, pero tenía la felicidad pura de los idiotas. Tampoco se preocupaba demasiado si el mundo –ella no sabía. Otro que he presentado dar a Macabea situación más se necesita de unas horas diarias de soledad, porque si no, una nuestra...
Por mi parte, sólo sus verdaderos cuando nace sola. De vida pensaba que de un momento a otro no cuenta hacia del mundo. ¿Por qué no cuen las nubes, cuando nada cuen? Porque la grandiad es menor que la fuerza del aire que las lleva. Inteligente, verdad? Sí, pero un día cuen hechas ferria. Es mi venganza.

No le conté nada a Gloria porque de un modo general nuestras ferias vengativas de la verdad. La mentira era mucho más diverter. Pensaba que la buena educación es saber mentir. También se mentía a sí misma, en un divertido vaibén diario de la verdad a su compañera. Gloria, por ejemplo, tenía la ventaja. Macabea la vio despedirse de Olímpico besándose la punta de sus dedos y arrojando el beso al aire como si nada, un pajarillo, cosa que Macabea nunca hubiese pensado hacer.
Esas ritos es apenas unos hechos no elaborados de una feria prima que no tocan en forma directa unos de pensar. Si muchas cosas que no puedo decir. Además, ¿pensar qué?
Gloria, tal vez por temordimiento, le dijo:
–Olímpico es rato, pero seguro que no le encuentra con pretendiente. Digo que es rato porque fue la que me encontrante me dijo y no quiero desobedecerla porque ella es rato duan y nunca se equivoca. ¿No qué no le pagan una comida y le pides que te vche las cartas?
–Es muy caro!

Entre absolutamente cansado de la literatura, sólo la medio me hace compañía. Si tuviera escribo, es porque no tengo

nada más que hacer en el mundo entre una cagada y la siguiente. La búsqueda de la palabra es la necesidad. El sentimiento naciendo en tiendo y me deja en la calle. Quisiera revelar
un ni o hacia, ignoro cuando me necesidad de hacerse, la necesidad de juego y del puro gusto absoluto. El pecado un cerdo, la crueldad una hechas. Quiero ser cerdo y gallina –después matarme o hablarles la sangre. Pienso en el sexo de Macabea, diminuto pero inexplicablemente cubierto de lanas –o abundantes pelos, negros; no sexo en la única nuestra en hermosa de su existencia.
Ella no podía nada, pero su sexo venga, como un ground hermoso de una sepultura. Es cuando a mí, sexo cansado. Tal vez de la compañía de Macabea, Gloria, Olímpico. El sentido un prestigio vacuoso con su cerveza. Tengo que interrumpir este relato durante unos tres días.

Tu otro diálogo tres días, solo, sin interrupción, sin desperezarme –no quiso de mi mismo como quiero se quita la ropa. Me desperezaba hasta el punto de adormecerme.

Mucho muerta y ocho en falta a Macabea. Continuemos.
–Es muy caro!
–Si es verdad, el dinero, Madama Carlota puede comprar cualquier cosa, incluso un pasaje de un viernes muy de agosto, con olor de San Miguel, en un crimen de macumba. Mi sangre con cocina en cerdo negro y otra gallina blanca y un cuerpo en la ropa que va cambia transparente. ¿Un viaje caro?
–No sé si puedo ver sangre.
–No ves porque la sangre es algo secreto de cada uno, la tragedia verdadera. Pero Macabea sólo sabía que no podía ver sangre, la ferida en la que ya he pensado. Ellos conocían en un terrible secreto por los hechos. los hechos son piedras duras. No hay modo de huir. Los hechos son palabras dichas por el mundo.
Bien.
Todo era nada sólida. Macabea, que nunca se acordaba de nada, podía pensar si ella conversando un dedos de muchas y cuyos dedos pensando que no valía cuando iba a devolver. Era cuidosa la de una cierta cantidad temporales para una mañana nueva (regionales) como el dinero era pensado, tuvo el pensamiento terrible de que no era nada, y por tanto, podía gastarlo. Así que por primera vez en su vida cogió un taxi y fue a Gloria. Al verse que no se cerraba a nadie por desesperación, aunque no supiese que podía desaparecer, podía volver hasta la ciudad, con una nueva edad y otra dolores.
No le fue difícil encontrar la casa de madama Carlota y

esa facilidad le pareció una buena señal. El apartamento, en los bajos, estaba en la esquina de un callejón y entre las paredes del suelo crecía el cagüe; ella lo notó porque siempre notaba lo que era pequeño e insignificante. Pensó vagamente mientras tocaba la campanilla de la puerta: el cagüe crece tan fácil y tan simple. Tenía pensamientos gratuitos y sueltos porque, aunque involuntaria, poseía mucha libertad interior.

Madama Carlota en persona le abrió, la miró con naturalidad y dijo:

—Mi gaia ya me había avisado que venías a verme, hija. ¿Cómo te llamas? Ah, sí! Es muy bonito. Entra, cielito. Tengo una cliente en la salita del fondo, té espera aquí. ¿Quieres un caramelo, cariño?

Macabea se sentó un poco asustada porque no tenía costumbre de recibir tanto cariño. Y bebió, con cuidado de no picarse la vida propia tan fría, el café frío y casi sin azúcar. Mientras tanto, miraba con admiración y respeto lo rojo en que se encontraba. Allí todo era de lujo. Plástico amarillo en las butacas y sofás. Y también flores de plástico. El plástico era lo mismo. Estaba boquiabierta.

El final sólido de la sala del fondo una muchacha con los ojos muy rojos y madama Carlota ordenó a Macabea que pasara. (¿Qué nos faltan con hechos, lo cotidiano me asiguila, tengo prensa de escribir este relato que no es más que un de trabajo. Nos que escribo más aquí y más allá de mí. No me responsabilizo de lo que escribo ahora.)

Continuemos, pues, aunque sea con esfuerzo: madama Carlota era expansiva, tenía su hospitalidad gitanada de un rojo vivo y en las mejillas gruesísimas llevaba dos círculos de colorete brillante. Parecía una muñeca de loza medio rota. (Ves que esta historia no da para profundidades. Describir me cansa.)

—No tengas miedo de mí, cielito hermoso. Porque quien está a mi lado, al mismo tiempo está junto a Jesús.

Y señaló el cuadro de colorines donde, en bermellón y oro, estaba representado el corazón de Cristo.

—Yo soy una fan de Jesús. Estoy loquita por El. El siempre me ha ayudado. Mira, cuando yo era joven tenía lo necesario para llevar vida fácil de mujer. Y la tenía fácil, gracias a Dios. Pero, cuando ya no valía mucho en el mercado, el misericordioso Jesús me dio la oportunidad de hacer sociedad con una colega y abrimos una casa pública. Allí gané dinero y pude comprarme este apartamento, aquí, en los bajos. Dejé la casa pública porque era difícil cuidar de tantas chicas, que lo único que hacían era querer robarme. (Te interesa lo que te estoy contando?

—Mucho.

—Pues haces bien, porque es no mienta. Tú también tienes que ser fan de Jesús, porque el Salvador te salvará. Mira, la policía no permite echar las cartas, creo que estoy metiéndome en la vida de los demás, pero, como no les he dicho, en la policía consigue destrozar a Jesús. ¿Te has dado cuenta de que El me ha dado el dinero para tener unos muebles buenísimos?

—Sí, señora.

—¡Ah! ¿O sea que te has dado cuenta! Por lo que veo, eres inteligente, esto está muy bien, porque la inteligencia fue lo que me salvó.

Madama Carlota mientras hablaba iba cogiendo bombones, uno tras otro, de una caja abierta y se llenaba la boca pequeñita. No le ofreció ninguno a Macabea. La muchacha, que como ya he dicho tenía tendencia a notar insignificancias, observó que dentro de cada bombón había un líquido dorado. No le apeteció un bombón, porque había aprendido que las cosas son ajenas.

—Yo era pobre, comía mal, no tenía vestidos bonitos. Entonces caí en la vida. Me gustó, porque soy una persona muy cariñosa, tenía mucho afecto a todos los hombres. Además, en mi barrio era divertido, porque charlábamos mucho entre las compañeras. Estábamos muy unidas y sólo de vez en cuando me liaba a tetas con alguna. Pero también esa era buena: yo era muy fuerte y me gustaba pegar, tirar del pelo y morder. Y ahora que digo morder, ni te sabes qué dientes tan bonitos tenía, todos blancos y brillantes. Pero se me estropearon todos que ahora llevo dentadura postiza. (Crees que se nota que son postizos?

—No, señora.

—Mira, se era muy limpia y no se me pegaban enfermedades malas. Sólo una vez pillé una sífilis, pero me curé con penicilina. Era más tolerante que los demás, porque soy buena, y a fin de cuentas daba lo que era mío. Tenía un hombre que me gustaba de verdad y yo lo mantenía, porque él era muy fino y no quería cansarse con ninguna clase de trabajo. Era un bajo que no me daba y él me pateaba. Cuando me daba una paliza, yo estaba segura de que me quería, me gustaba que me pegara. Con él era amor, con los otros, trabajo. Después que desaparció, para no salir, me dirvtía enamorando me de mujeres. El cariño de una mujer también es muy bueno, casi se lo acomejo, porque tú eres demasiado delicada para soportar la brutalidad de los hombres, y si te consiguen una mujer, ya verás lo bueno que es, entre mujeres el cariño es mucho más fino. (Tienes posibilidad de tener una mujer?

—No, señora.

—Pero es que tú no te arreglas. Quiero no se arregla. Así no se arregla. ¡Ay, cuánto ahora mi barrio! Yo estaba en las mejores épocas del Mangue, que era frecuentado por caballeros de sentlad. Además del precio fijo, muchas veces se ganaban una propina. Me han dicho que el Mangue está muy estropeado, que ahora ese barrio no tiene más de media docena de casas. En mis tiempos había dos cientos. Yo esperaba apoyada en la puerta, sentida sólo con bragas y sujetador de encaje. Después, cuando ya no pude mucho gusto y empecé a perder los dientes, me convertí en alcahueta. ¿Sabes lo que quiere decir alcahueta? Yo creo que es porque nunca he tenido miedo de las palabras. Hay gente que se asusta del nombre de las cosas. (Tú tienes miedo de las palabras, cielo?

—Lo tengo, sí, señora.

—Entonces tendré cuidado de no soltar ningún taco, quédate tranquila. Me sólo decir que el Mangue tiene un olor insoportable. En mis tiempos quevaban incienso para que la casa tuviese un aire limpio. Eso le daba un olor de iglesia. Todo se hacía con mucho respeto y también con mucha religión. Cuando fui regenta de la casa, empecé a juntar mis dineritos, dándole su parte a la jefa, por supuesto. Se ver en cuando había tinos, pero nadie se movía conmigo. Cariñito, ¿te estoy aburriendo con mi historia? ¿Ah, no? ¡Tienes paciencia para escuchar un poco más las cartas?

—La tengo, sí, señora.

Entonces madama Carlota le contó que en el Mangue, en su cuarto, tenía bonitos adornos en las paredes.

—¿Tú sabes, cariño, que el olor de hombre es bueno? Hace bien a la salud. ¿Ya tu has oído olor de hombre?

—No, señora.

Por último, después de cbuparse los dedos, madama Carlota le mandó cortar las cartas con la mano izquierda, (has oído, cielito mío?

Macabea sujetó un momento con mano trémula por primera vez (ha sido!) un dentro. Madama Carlota (explosión) era un punto culminante en su existencia. Era el núcleo de su vida, que a través de un embudo iba a desembocar en esa gran dama cuyo colorete brillante daba a la piel una línea de plástico. La madama de pronto abrió tamaños ojos.

—Pero Macabeita, qué vida horrible la tuya! ¿Que no sentgo Jesús se apiade de ti, hijita! ¡Pero qué horror!

Macabea palideció: nunca se le había ocurrido que su vida fuese tan mala.

Madama acertó todo sobre su pasado, incluso le dijo que apenas si había conocido a su padre y a su madre y que había sido criada por una persona que se había portado como una mala madrastra. Macabea se sugestionó ante esa revelación, hasta ese momento siempre había pensado que lo que había hecho su tía era educarla para que fuese una chica fina. Madama añadió:

—En cuanto al presente, hija, también está horrible. Vas a perder tu trabajo y ya has perdido a tu prometedante, porbrecilla de ti. Si no puedes, no me pagues la consulta, yo tengo recursos.

Macabea, poco habituada a recibir cosas gratis, rehusó el regalo pero con el corazón lleno de agradecimiento.

Entonces (explosión) sucedió de repente: la cara de madama se encendió de luz.

—Macabea! ¡Tengo grandes cosas que anunciarte! Presta atención, cariño mío, porque lo que voy a decirte es de la mayor importancia. Es algo muy serio y muy feliz. (Tu vida cambiará por completo! Y digo más: cambiará desde el momento en que salgas de mi casa. Te vas a sentir otra. ¡Has de saber, cielito, que incluso tu novia va a saber para proponerte matrimonio, está arrepentido! ¡Y va jefe te dirá que le la pensado mejor y que no te despedirá!

Macabea nunca había tenido tantos para tener esperanza.

Pero ahora escuchaba a madama como a una trompeta que llegara de los cielos, mientras acbolvíendo una taquecedra lirios. Madama tenía razón: por fin Jesús penía

su atención en ella. Sus ojos se agrandaban en una súbita ansiedad de futuro (explosión). Y ya también tenía experiencias, por fin.

—Y han más! Van a recibir mucho dinero, *que contará por su puesta durante la noche, de manos* de un hombre extranjero. *(Ya conoces a algún extranjero?*

—No, señora —dijo Macabea, ya desanimada.

—Pues lo conocerás. El es rubio y tiene ojos azules o verdes o castaños o negros. Si no fuera porque te gasta tu extraordinario, ese extranjero sería tu novio. *No! No! No!* Ahora veo otra cosa (explosión) y aunque no lo veo muy claro también digo: la voz de mi gata: ese extranjero se llama Hans, según parece, y es el quien se casará contigo! Tiene mucho dinero, todos los extranjeros son ricos. Si no me engaño, y nunca me engaño, él te dará mucho amor y tú, reina mía, irás a vestirte de terciopelo y sedas, y hasta llevarás un abrigo de piel!

Macabea comentó (explosión) a sendilas, porque hay un lado doloroso en la felicidad excesiva. Sólo se le ocurrió decir:

—Pero con el calor que hace en Río no se necesita un abrigo de piel...

—Pues lo tendrás sólo para presumir. Hace tiempo que no echo cartas tan buenas. Siempre digo la verdad: nunca tuve la franqueza de decirle a esa chica que salió antes de aquí que sería arrepellada por un coche. Ésta mucho, no fijarte que tenía los ojos enrojecidos? Ahora te hacé un atrevimiento que tienes que guardar dentro del espíritu, es, que casi no tienes pecho, pobrecilla, en contacto con tu piel. Tú no tienes pecho, pero vas a engordar, tendrás un buen cuerpo. Mientras no engordes, pasar el suprimidor unas bolas de algodón para que parezca que tienes. Mira, cariñito mío, Jesús me mandó que también te sobre este atrevimiento, porque todo el dinero que recibo por echar las cartas lo doy para un orfanato. Pero si no pueden, no me lo pagues, lo harás cuando todo lo que te he dicho se haya cumplido.

—No, le pagaré, señora, usted ha acertado en todo, usted es...

Estaba atontada, no tenía qué pensar, parecía que le habían dado un golpe en su cabeza de cabellos oscuros, se sentía tan desorientada como si le hubiese ocurrido una desgracia. Sobre todo, experimentaba por primera vez lo que los demás llamaban pasión: estaba apasionada por Hans.

—¿Qué puedo hacer para tener más cabello? —se animó a preguntar, porque ya se sentía otra.

—Está pidiendo demasiado. Pero está bien. Lávate la cabeza con jabón Acrimolino, no sirve perdures de jabón amarillo. Por este consejo no le cobraré nada.

(También eso! (Explosión.) Le estallaba el corazón. (También más pelo! Había olvidado a Olímpico y sólo pensaba en el desconocido: sería algo fantástico encontrar a un hombre de ojos azules o verdes o castaños o negros, no había modo de equivocarse, el campo de las posibilidades era enorme.

—Ahora cobre la madama—, se encontrarse con la mayor fino destino. Además, tengo a otra felígresa esperando, he pasado mucho tiempo contigo, cariño mío, pero merecía la pena!

En un impulso súbito (explosión), en un impulso vivo, Macabea, entre lerda y desconsolada, dio un sonoro beso en la mejilla a la madama. Sintió de nuevo que no valía comenzaba a ser mejor en ese mismo momento: y qué bueno era besar. De niña, como no tenía a quien besar, besaba la pared. Al acariciarlo se acariciaba a sí misma.

Madama Carlota había acertado en todo, Macabea estaba enaparlara. Sólo comenzó advirtió que su vida era una miseria. Tuvo ganas de llorar al ver el lado opuesto, ella que, como he dicho, hasta ese momento se había considerado feliz.

Salió de la casa de la cartomante tambaleándose y se detuvo en el callejón oscurecido por el crepúsculo: el corpúsculo que es la hora de irse. Pero ella estaba allí, con sus ojos ofuscados, como si el instante último de la tarde fuese una mancha de sangre y de oro casi negro. Toda esa riqueza del ambiente la envolvió con la primera marea de la noche que, sí, sí, era honda y opulenta. Macabea permaneció quieta y atordida, sin saber si atravesaría la calle, pues su vida ya había cambiado. Y había cambiado por las palabras: desde los tiempos de Moisés se sabe que la palabra es divina. Aun para atravesar la calle era ya otra persona. Una persona grávida de futuro. Sentía en sí una esperanza tan vulnerable como nunca le hiere la desesperación que no sintió. Si ella ya no era ella misma, eso constituía una pérdida que era una ganancia. Así como existía la sentencia de muerte, la sentenciante le había dictado sentencia de vida. De pronto todo era muy, muy y tan amplio que sintió ganas de llorar. Pero no lloró: sus ojos brillaban como el sol que muere.

Entonces, cuando dio el paso para bajar de la acera y atravesar la calle, el Destino (explosión) apareció rápido y goloso: ¡ahora, ahora, ya ha llegado mi hora!

Encima como un transatlántico, el Mercedes amarillo la atropelló; en ese mismo instante, en algún lugar único en el mundo, un caballo se irguió en respuesta con la carrapada de su relincho.

Macabea, al caer, aún tuvo tiempo para oír, antes de que el coche se diese a la fuga, que ya empezaban a cumplirse las predicciones de madama Carlota, pues el coche era muy lujoso. La cattla no era nada, pensó, apretar un golpe. Había dado con la cabeza en el bordillo y quedó tendida, con la cara mansamente vuelta hacia el asfalto. De la cabeza le fluía un hilo de sangre inesperadamente rojo y rico. Lo que significaba que, a pesar de todo, ella pertenecía a una insistente raza enano ahogada que tal era un día reivindique su derecho al grito.

(Yo aún podría volver atrás, a los mismos previos y encontrarme con alegría desde el punto en que Macabea estaba de pie en la acera, pero no depende de mí decir que el hombre rubio y esta mujer la mirase. Es que he ido disminuida lejos y ya no puedo intervenir. Por fortuna, al menos no he hablado de mi habilidad de muerte y si sólo de un accidente.)

Estaba inerme en el borde del paroxismo, tal vez descansando de las emociones, y vio entre las piedras del asfalto un cupón fino de un verde como el de la más tierna de las esperanzas humanas. Hoy, pensó ella, hoy es el primer día de mi vida: he nacido.

(La verdad es siempre un contacto interior inexplicable. La verdad es intocable. (Por lo tanto no existe? No, para los hombres no existe.)

Volvamos al cupón. Para esa exigua criatura llamada Macabea, la gran naturaleza se levantaba sólo en forma de un cupón cruzado en el asfalto. Si se le hubiese dado el mar inmenso a las ciruas de las montañas, su alma, más vagas aún que su cuerpo, se habría alucinado y le habría hecho estallar el organismo. Los brazos por un lado, el intestino allá, la cabeza que rueda rodando y busca a sus pies, como se desarma un mariquí de circo.

Se prestó se prestó un poco de atención a sí misma. (Lo que estaba pasando era un acontecimiento sonado! Se había abierto en precipicio en la tarde y de Alagoas, Macabea, por mirar, el cupón. Un cupón en el gran ciudad de Río de Janeiro. A la deriva. Quién sabe si Macabea ya había sentido que también ella iba a la deriva en la ciudad incomprensible. El Destino había recogido para ella un callejón oscuro y el asfalto. (Señor! Cómo que sí. Como una gallina con el cogote mal cortado que corre espantada echando sangre. Sólo que la gallina huye ¿como se huye del dolor?: entre cacareos empavoridos. Y Macabea luchaba muda.

Voy a hacer todo lo posible para que no muera. Pero qué ganas de hacerla dormir para poder leer en mismo a la cama.

En ese momento conoció a Bocêncio Olímpico medio tambi lo único que ella sabía era Bocêncio Olímpico medio tambi lo único que ella sabía era Bocêncio Olímpico medio también. Bocêncio Olímpico le negó y eso no era agradable.

Preguntó: ¿todas las historias que se han escrito en el mundo son historias de aflicciones?

Aparecieron algunas personas en el callejón, no se sabe de dónde, y se habían agrupado alrededor de Macabea sin hacer nada, tal como antes las personas no habían hecho nada por ella, sólo que en ese momento al menos la rapidan, lo que le consagba cierta existencia.

¿Pero quién son en para censurar a los culpables? Lo pero es que es necesario perdonarlos. Es necesario llegar a una nada tal que con indiferencia se sane o no se sane al delincuente que nos mata. Pero no estoy seguro de mi mismo: tengo que preguntar, aunque no sepa a quién, si debo amar al que me asesina y preguntar quién de ambos me asesina. Y mi vida, más fuerte que yo, respondió que quiere porque quiere venganza y responde que debo luchar como quien se ahoga, aun cuando después no muera. Si así es, que así sea.)

(Acaso Macabea es a morir? ¿Cómo puedo saberlo? Tampoco lo sabían las personas allí presentes. Aunque, por si acaso, algún vecino hubiera puesto junto al cuerpo una vela encendida. El brillo de la rica llama parecía cantar gloria.

(Escribo sobre lo más mínimo adornándolo con púrpura, joyas y esplendor. (Así es como se escribe? No, no es acostumbrado; si es desmesurado. Pero tengo miedo de la desmesura, porque es la palabra final.)

Entre tanto, Macabea, en el suelo, parecía volverse cada vez más Macabea, como si se alcanzase a sí misma.

(Esto es un melodrama? Lo que sé es que el melodrama era el tipico de su vida, todas las vidas son un arte y el de ella se inclinaba hacia el lamento inconsolable como la lluvia y los ruros.

Se acercó en ese momento un hombre flaco de abrigo raído y se puso a tocar el violín en la esquina. Debo explicar que a ese hombre le vi una vez, al anochecer, cuando yo era niño, en Recife, y el sonido llorosa y agudo subrayaba con una lima dicada el misterio de la calle oscura. Junto al hombre encalillado había una lata de cinc en la que hacían un ruido seco las monedas de los que oían con gratitud, porque el les llevaba la vida. Sólo ahora entiendo y sólo ahora he llorado en mi el sentido secreto: el violín es una advertencia. Si que cuando yo muera oiré el violín del hombre y podré oírnica, música, música.

Macabea. Ave María, llena de gracia, somos tierra de permisión, fuera del paraíso, viene que llegar el tiempo, ora pro nobis, y no me oiro como hemos de conocimiento. Yo te conozco hasta la médula por medio de un torrlegio que ya de mí hacia ti. Entendemos salvaguardarnos y entre tanto, por detrás, leer una geometría inflexible. Macabea recordó los muelles del puerto. Los muelles llegaban al corazón de su vida.

(Macabea perdió! Porque siempre se pide. (Por qué? Respuesta: es así porque es así. (Siempre ha sido? Siempre lo será. (Y si no lo fue? Pero si nunca dejaremos que lo es. Vaya.

Se oía perfectamente que estaba viva por el constante aliento a cerrar de sus ojos grandes, por el pecho. Ese que había y bajaba en una respiración tal vez difícil. (Pero quién sabe si ella no necesitaba morir? Porque fue momentos en que una persona necesita una pequeña muerte, sin saberlo siquiera. Por mi parte, sustituyo el acto de la muerte por un símbolo seco. Un símbolo que se puede remitir en un profundo beso, pero no en la pared inerte y el boca a boca en la agonía del placer que es muerte. Sí, que simbólicamente mueren varias veces para experimentar la resurrección.

Ten con alegría que rodaría más lejos de la boca en que la estrella de cine Macabea debía morir. Por lo menos indiferia no consigo adivinar si le pasa lo del hombre rubio y extranjero. Reza por ella y que todos dejen lo que estén haciendo para insuflarle vida, porque por ahora Macabea está sueña en el aire, como la pareja que se balancea al compás del viento infinito. Podría resolverlo por el camino más fácil, matar a la niña-infanta, pero quiero lo peor: la vida. Los que me leen, sí, se llevarán un pulverizo en el estómago, a ver si les gusta. La vida es un pulverizo en el estómago.

Entre tanto Macabea no pasaba de un vago sentimiento sobre las piedras sucias de la calle. Podría dejarla allí, en la calle, y simplemente no terminar este relato. Pero no: ¿el barco donde termina el aire, ¿el barco donde los grandes tenedores se desatan sollozando, ¿el barco donde el cielo describe una curva, ¿el barco donde me llene mi silencio. (Mi silencio me llena hasta Dios! Estoy en tal grado de pureza que nada se. Sólo sé esto: no necesito tener piedad de Dios. (O sí?

Tan vita estaba que se inició con lentitud y acomodó el cuerpo en posición feral. Gimnasia como había sido siempre. Aquella resistencia a correr, pero esa voluntad de ser gran abrazo. Se abrazaba a sí misma con la voluntad de la dulce nada. Era una nodriza y no lo sabía. Se agarraba a un hilillo de conciencia y se repetía mentalmente, sin cesar: yo soy, yo soy, yo soy. Quién era ella que no sabía. En su propio, humilde y negro

núcleo había ido a buscar el soplo de vida que Dios nos da.

Entonces —allí tumbada— tuvo una húmeda felicidad suprema, porque había nacido para el abrazo de la muerte. La muerte, que en este relato es mi personaje predilecto. ¿Se daría el adiós a sí misma? Me parece que no se morirá, porque tiene mucha voluntad de vivir. Y había cierta sensualidad en la forma en que se había encogido. ¿O es que el preludio de la muerte se parece a una intensa ansia sexual? Su rostro recordaba una mueca de deseo. Las cosas son siempre vísperas y si ella no muere ahora, está como nosotros en vísperas de morir, perdónenme que se lo recuerde a ustedes, que yo no me perdono la clarividencia.

Un gusto suave, pavoroso, gélido y agudo como en el amor. ¿Sería ésta la gracia que ustedes denominan Dios? ¿Sí? Si moría, en la muerte pasaría de virgen a mujer. No, no era muerte, porque no la quiero para la muchacha: sólo un accidente que no significaba ni siquiera un desastre. Su esfuerzo por vivir parecía una cosa que, si nunca la había experimentado, virgen como era, al menos había logrado intuir, pues en ese momento comprendía que la mujer nace mujer desde el primer vagido. El destino de una mujer es ser mujer. Intuía el momento casi dolorido y centelleante del desmayo de amor. Sí, doloroso reflorecimiento, tan difícil que ella comprometía en él el cuerpo y la otra cosa que ustedes llaman alma y que yo llamo..., ¿cómo?

En ese momento Macabea dijo una frase que ninguno de los presentes entendió. La dijo bien pronunciada y clara:

—En cuanto al futuro.

¿Habrá sentido añoranza del futuro? Oigo la música antigua de palabras y palabras, sí, es así. En esta hora exacta Macabea tuvo una náusea profunda y casi vomitó, quería vomitar lo que no es cuerpo, vomitar algo luminoso. Una estrella de mil puntas.

¿Qué es lo que ahora estoy viendo y me asusta? Veo que ha vomitado un poco de sangre, vasto espasmo, por fin el núcleo tocando el núcleo: ¡victoria!

Y entonces..., entonces un repentino grito y estertor de gaviota, de repente un águila voraz que se lleva a los aires altos la oveja tierna, el gato suave que despedaza al sucio ratón cualquiera, la vida que se come la vida.

¡¿Tú también, Bruto?!

Sí, de este modo he querido anunciar que..., que Macabea ha muerto. Venció el Príncipe de las Tinieblas. Por fin la coronación.

¿Cuál fue la verdad de mi Maca? Basta descubrir la verdad para que ya no exista: pasó el momento. Pregunto: ¿qué existe? Respuesta: no existe.

Pero que no se lamenten los muertos: ellos saben lo que hacen. He estado en la tierra de los muertos y después de un terror tan negro resucité en perdón. ¡Soy inocente! ¡No me consuman! ¡No soy vendible! Ay de mí, todo es perdición y es como si la mayor culpa fuese mía. Quiero que me laven las manos y los pies y después..., que después los unjan con óleos santos de tanto perfume. Ah, qué ganas de alegría. Ahora me esfuerzo para reír a carcajadas sonoras. Pero no sé por qué no río. La muerte es un encuentro con uno mismo. Recostada, muerta, era tan grande como un caballo muerto. El mejor negocio todavía es el siguiente: no morir, porque morir no basta, no me completa, yo que necesito tanto.

Macabea me mató.

Ella estaba al fin libre de sí y de nosotros. No se asusten, morir es un instante, pasa de prisa, lo sé porque acabo de morir con la chica. Discúlpenme esta muerte. Es que no pude evitarla, la gente acepta todo porque ya ha besado la pared. Pero he aquí que de pronto siento mi último gesto de rebeldía y aulló: ¡¡¡la mortandad de los palomos!!! Vivir es un lujo.

Pronto, ha pasado.

Muerta, las campanas doblaban pero sin que sus bronces resonaran. Ahora entiendo esta historia. Es la inminencia que hay en las campanas que casi-casi doblan.

La grandeza de cada uno.

Silencio.

Si un día Dios viniese a la tierra, se produciría un silencio enorme.

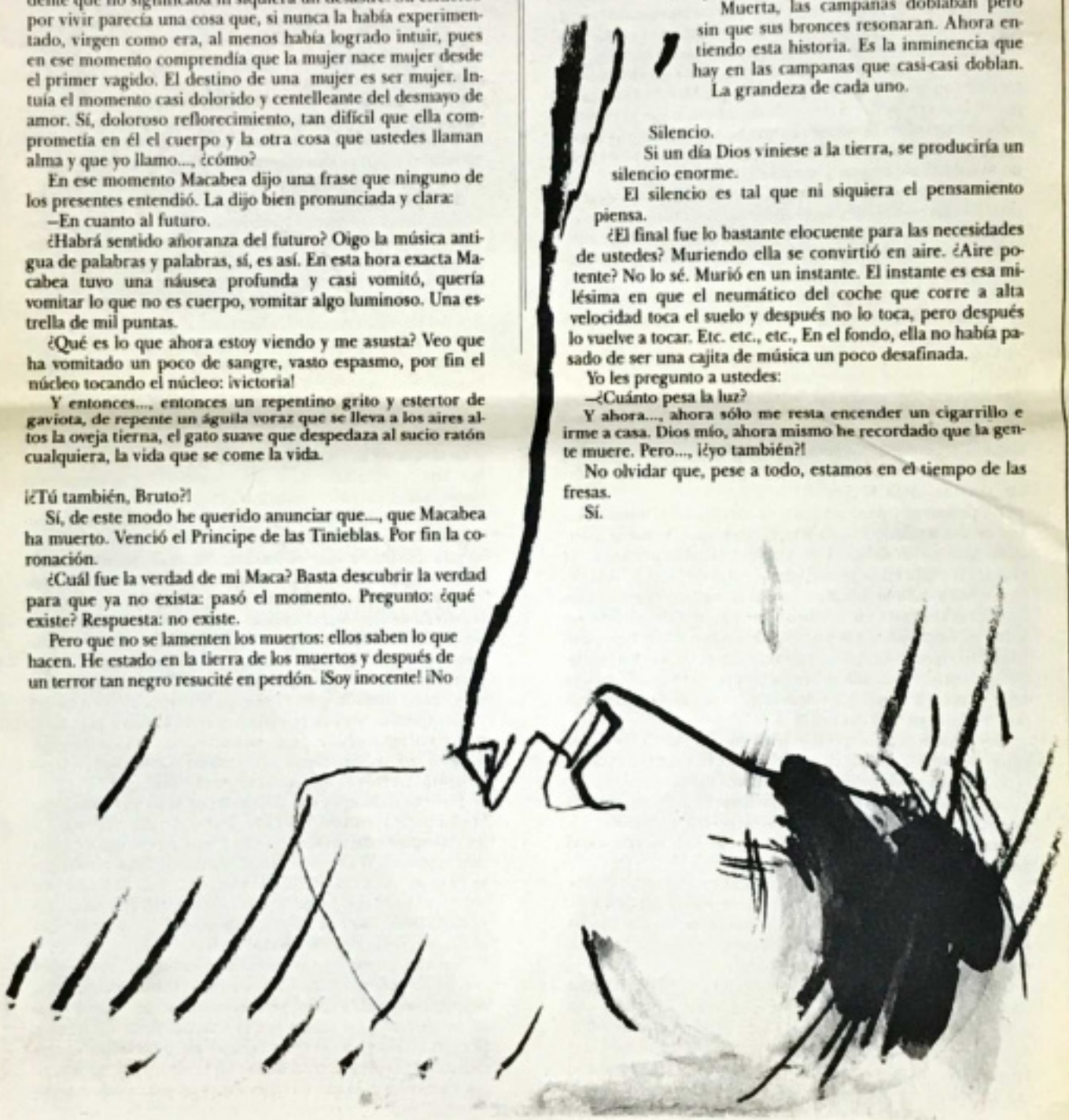
El silencio es tal que ni siquiera el pensamiento piensa.

¿El final fue lo bastante elocuente para las necesidades de ustedes? Muriendo ella se convirtió en aire. ¿Aire potente? No lo sé. Murió en un instante. El instante es esa milésima en que el neumático del coche que corre a alta velocidad toca el suelo y después no lo toca, pero después lo vuelve a tocar. Etc. etc., etc., En el fondo, ella no había pasado de ser una cajita de música un poco desafinada.

Yo les pregunto a ustedes:

—¿Cuánto pesa la luz?

Y ahora..., ahora sólo me resta encender un cigarrillo e irme a casa. Dios mío, ahora mismo he recordado que la gente muere. Pero..., ¡¿yo también?!

No olvidar que, pese a todo, estamos en el tiempo de las fresas.

Sí.